

Además...

VIERNES SANTO

A Carlos José Gutiérrez, porque a él le gusta este cuento.

TODAVIA estaba en el último desmerezo, los brazos en alto, la cara inclinada y bostezante, cuando sonó la primera voz de la tarde:

—Ahí está; ha vuelto.

El gesto forzado, desahuciador del sueño, se frustró.

—¿El?

Y observando el gesto afirmativo de la criada, pensó en lo absurdo que era decir "él", individualizarlo así en este día, desde hacía días, en adelante. Sin embargo, sólo ella lo sabía; los demás, apenas comenzaban a intuir la encrucijada. La nueva situación había sido olvidada al despertar, pero el ligero tableteo del corazón anunció el retorno de los últimos hechos decisivos, situando de nuevo la historia interrumpida por el sueño.

La inquietud se extendió por el cuerpo todo, y pareció salir por las puntas de los dedos provocando un gesto convulsivo de temor inesperado.

—Que espere.

Se tiró violentamente de la cama, y mecánicamente se envolvió en una bata de seda brillante y suave. Después de todo, ¿qué importaba lo que estaba sucediendo? Era un episodio, y nada más; un breve episodio que ella sabría resistir.

El la estaba esperando otra vez; siempre la había esperado. Ahora, ella lo haría esperar un cuarto de hora, o más; pero esta idea de triunfo y de dominio era continuamente devorada y derrotada por el vacío, por la sensación de vacío que la acometió de pronto. ¿Cómo estaba en pie? Quizás lo lógico fuera más bien caer y oír un rumor de pájaros alejándose. Seguía sintiendo molestos latidos, pero sonaban como desde el fondo de un pozo. Hoy no había visceras. Y ya era la una de la tarde. A las tarde. A las diez se había desayunado, pero ni un momento pudo darse cuenta de lo que hacía; mecánicamente se había alimentado con los ojos puestos en la pared rosada frente a ella. Luego había decidido que necesitaba dormir más, sin despertarse de ser posible; de todos modos, la justificaba la vigilia reciente. Y él la esperaba; otra vez él. Pero si ella había creído que jamás había de regresar...

Cuando el agua mojó su cuerpo, fué como volverse a despertar.

Estaba fría, raro en esta hora tibia; y al tiritar, sintió el vacío de nuevo: "Se fué, se fué..." Pero no; afuera estaba, en la sala; tirado de seguro en un sillón, fumando; en el sillón cercano estaría el sombrero que siempre —desde tanto tiempo!— se negaba a colocar en otro sitio alegando falsas supersticiones personales. Fumaría, se levantaría luego a buscar un cenicero —de seguro aquél con el pingüino atento a todas las cosas— y miraría de reojo, con expresión de incredulidad, el retrato juvenil de la bella abuela, firmado por un desconocido fotógrafo europeo.

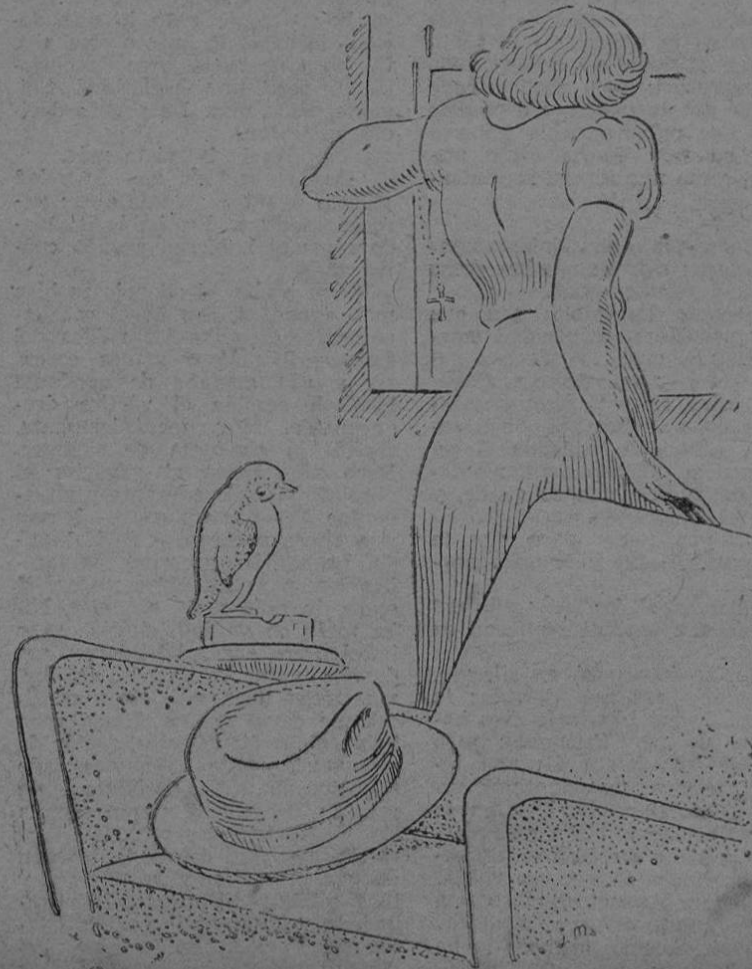
Anoche, la abuela había parecido desolada en su marco; cuando él se había ya ido, y ella presumió que para siempre, la primera lágrima —ahora inútil lágrima— había recorrido cosquilleando su mejilla frente al retrato de la abuela que él siempre miraba.

Por ALBERTO F. CAÑAS

—Se parece a ti —había dicho muchas veces—.

Y anoche ella había creído que no lo oiría decirlo más.

Ahora, había olvidado al otro, siempre presente en las últimas semanas. Mientras se vestía, vió su retrato colgado en la pared. Anoche lo había puesto allí, después de tirar el de Fernando al fondo de su armario. Allí estaba —sonriente pero preocupado, como siempre— mirándola sin reprocharle nada. En todo caso, ¿qué podría reprocharle? ¿No era él acaso el intruso? ¿No era él quien había insistido continuamente durante la ausencia de Fernando? Y luego qué, si ella había ocultado a Fernando la verdadera índole de sus relaciones? Pero un día ya no había podido resistirlo... Buenó, lo mejor era olvidarlo de una vez; Fernando había vuelto. "Ha vuelto, ha vuelto, todavía me quiere"; y con la alegría de esa idea en la mira-



SUPLEMENTO DOMINICAL DE "LA REPUBLICA"
CON ESTE CONTENIDO:

- * VIERNES SANTO (Cuento), por Alberto F. Cañas.
- * SEXTA SERRANILLA, de El Marqués de Santillana
- * ANECDOTARIO NACIONAL, por Carlos Fernández Mora
- * LOS PROBLEMAS DEL CINE EN HISPANOAMERICA, por Mariano Peñalver
- * EL TICO Y SU TIERRA, por William Vogt
- * LAS CIVILIZACIONES AMERICANAS EN LA OBRA DE TOYNBEE, por Vicente Falone
- * HISTORIA DEL PODER EJECUTIVO EN COSTA RICA, por Rafael Obregón Loria.
- * LA MUERTE DE RAVANA (Poema), de Valmiki
- * CARTAS FEMENINAS, por Luz del Alba
- * METAMORFOSIS, por Carlos Rafael Duverran

San José, Costa Rica, 14 de Febrero de 1954.

Nº 85

da, en las venas y en las visceras recuperadas, entró a la sala.

—Fernando, has vuelto!

Fué como un grito; pero al final, lo que había que agregar, lo que seguía, quedó ahogado. El la miraba impasible, sin levantarse de su sillón.

—No. No he vuelto.

Claro, no había vuelto; ¿cómo no lo había pensado antes? Para volver se necesita haberse ido. Lo miró fijamente y no vió expresión alguna en su mirada.

—No he vuelto —repitió lentamente, y entonces ella no pudo ya interpretar con optimismo la frase. Sin embargo, si no había vuelto dentro de lo que ella había intentado entender al oír la frase, ¿qué había venido a hacer aquí?

—Hoy es Viernes Santo —siguió—. Y las palabras parecieron caer dentro su boca perezosamente hasta el suelo, donde él siguió mirándolas, contemplándolas con desduido. Miró luego hacia arriba y expulsó una fuerte bocanada de humo. La alfombra a sus pies estaba cubierta de ceniza. De pronto se levantó en busca del cenicero con el pingüino, y siguiéndolo con la mirada, ella le dijo en el tono más ingenuo que pudo encontrar en su fama de expresiones:

—No entiendo.

El sonrió —casi rió— como si esa frase fuese la que había estado esperando por mucho tiempo, y la miró burlonamente. Ella se quedó de pronto muy seria, cruzó una pierna queriendo vanamente hacer un pequeño alarde de mundanismo, y lo observó en silencio, mientras él, en silencio también, regresó a su sillón, al sillón de siempre. El pingüino pareció quedarse atento al humo penetrante y desagradable que había quedado despidiendo la reciente colilla.

—Yo tampoco lo entiendo por lo menos a veces —dijo él—. Pero puedo decir que para mí el Viernes Santo no existe. Es un día en blanco. Escúchalo... —e hizo un gesto casi de mandato; hizo silencio. Ella oyó efectivamente el silencio de él, y luego comenzó a escuchar paulatinamente otros silencios, y luego otros, y otros detrás. De pronto escuchó todos los silencios juntos, hasta que le zumbaron los oídos.

—¿Has oído el silencio? —siguió él preguntando contemplativamente, perdida la mirada, como si no esperara respuesta alguna.

—Lo he oído.

Poco a poco iba ella comprendiendo hacia donde la llevaba la conversación.

—Ni un rumor de pájaros; quizás luego ladre un perro, pero eso no es inherente al día, sino un ruido de indignación contra la calma sin respuesta. Hoy es el silencio. Es Viernes Santo —agregó, y se quedó callado meditando.

A los pocos segundos siguió hablando:

—Todo se interrumpe en este día. Nada de lo que ayer comenzó ha de concluir hoy: será mañana. Este es el intervalo, el vacío. Hoy es como si no existiera, ¿comprendes? Todo tendrá lugar mañana. Debe haber un fragmento pequeño entre un día y otro, todos los días. No lo sentimos, no nos damos cuenta. Una fracción mínima de segundo que no es ayer ni es hoy; que no es hoy ni es mañana, pero que existe; basta pensar en ello un breve tiempo para saber que existe. Es el límite de los días, la tierra de nadie. Pero hay un día en el año en que esa fracción se alarga, se estira, y alcanza dimensión tangible de 24 horas. Es hoy ¿sabes? Hoy todo se detiene. Lo que ayer comenzó, será mañana. Lo que yo dije, hice y pensé ayer...

—No existe hoy. Hoy es el interludio —interrumpió ella—. Y no supo hasta donde lo que él dijera fuese cierto, ni pudo tampoco determinar hasta donde había siquiera sido dicho. Tuvo una vaga noción de comprender y de captar. Pero supo imposible la recapitación; y jamás podría repetir lo que oyera, ni siquiera explicarlo. Globalmente supo de qué se trataba: una idea inverosímil, pero que ella tenía que aceptar —aun contra su perenne sentido de la realidad— por necesidad, porque el día de hoy dependía de las curiosas consecuencias que de esa idea se estaban extrayendo.

—Por eso vine.

—Y es entonces... ¿la última vez?

—Sí. Podría decirse que sí.

Volvió de nuevo a invadirla el vacío: "Es la última vez, es la última vez, no lo veré más".

La sala estaba excesivamente clara. El reflejo solar la deslumbró, y a ello se debió la intrusa lágrima. "La última vez", se repitió; pero recapitó: Fernando era débil; muchas veces había dicho "la última vez", y siempre había regresado. Porque ella sabía siempre adueñarse de la situación y de él. Por eso rió y dijo:

—No, Fernando. No es la última vez.

El nada dijo. La miró profundamente y nada más. Al rato habló:

—Puede que no... Pero mientras yo tenga el dominio de mí voluntad... Nunca lo había tenido; lo tenía ella, siempre ella. ¿Por qué había de perderlo precisamente hoy? Ella lo quería; ahora se daba cuenta; ahora que él estaba frente a ella en silencio; y todos los otros silencios la ahogaban, como heraldos de una terrible tragedia. Pero no: ni era tragedia ni sería terrible. Suponiendo que Fernando se fuera, ¿no podría ella acaso llamarlo, llamarlo, ordenarle el regreso? Y él obedecería. Era mejor seguirle la conversación por donde él la llevara.

—Y hoy, ¿a qué has venido?

—A verte. Necesitaba verte, ¿por qué negarlo? No sería tan ingenuo como para pretender venir a que me creyeras que ya he dejado de quererte, así, de pronto, de un día a otro. No puedes haber olvidado tan pronto que hace una semana, una semana no más te dije, para bien o para mal, que no había dejado de amarte; que, al contrario, te amaba cada día más. Por eso vine; porque pensé que verte una vez más no

SEXTA SERRANILLA

— I —

Moza tan fermosa
Non vi en la frontera,
Como una vaquera
De la Finojosa.

— II —

Faciendo la vía
Del Calatreveño
A Sancta Maria,
Vencido del sueño
Por tierra fragosa
Perdí la carrera,
Do vi la vaquera
De la Finojosa.

— III —

En su verde prado
De rosas é flores,
Guardando ganado
Con otros pastores,
La vi tan graciosa,
Que apenas creyera
Que fuese vaquera
De la Finojosa.

— IV —

Non creo las rosas
De la primavera
Sean tan fermosas

Nin de tal manera,
Fablando sin glosa,
Si antes soplera
D'aquella vaquera
De la Finojosa

— V —

Non tanto mirara
Su mucha beldat,
Porque me dexara
En mi libertat.
Mas dixé: "Donosa
(Por saber quién era),
¿Dónde es la vaquera
De la Finojosa?"

— VI —

Bien como riendo,
Dixo: "Bien vengades;
Que ya bien entiendo
Lo que demandades:
Non es deseosa
De amar, nin lo espera,
Aquesa vaquera
De la Finojosa".

El Marqués de Santillana

(Íñigo López de Mendoza,
señor de Hita y de Buitrago)

(1398-1458)



me haría daño...

—¿Sólo eso?

—Nada menos que eso. Mañana... mañana será otro día...

—Fernando...!

Se arrepintió del tono en que le había dicho; había demasiada súplica en la palabra: una súplica que, si bien no desesperada, era expresiva; una súplica cuyo sentido jamás podría escapársele a él. Esa palabra debía haberse dicho en tono fuerte como una orden, como una severa reprimenda.

—¿Sí?

—Nada —dijo ella violentamente—; nada; dije tu nombre como dice uno tantas cosas.

El seguía impasible; ¿es que había perdido su capacidad emocional? ¿Es que...? "Es que nana —pensó—; este hombre finge; por dentro se está destrozando; ha venido a suplicarme que le suplique, cree que habiendo él cedido con su llegada aquí, me toca a mí pedirle que se quede, y eso está esperando.

—No veo razón para que te vayas así. Al fin y al cabo nosotros...

—Salgamos al jardín, ¿quieres? —Había una terrible sequedad en su voz.

Ella se incorporó en silencio. Quizás esto era una derrota; la primera. Indudablemente algo había pasado por Fernando; algo había llegado hasta él: una influencia nueva, un panorama reciente sin crepúsculo. Una nueva mujer, de seguro; claro, ya recordaba: durante su último disgusto le habían visto con una rubia. Una amante, de seguro; claro, una amante. "Pero no me lo quita. No podrá. Es mío; siempre lo ha sido..."

—¿Y Antonio...? ¿No le has visto más?

Ella no contestó. Era odioso. No era la primera vez que citaba a ése que hoy había pasado a la categoría lejana de "el otro". Pero hoy —como todo lo que decía— lo había dicho con otra voz. Un poco de burla, otro de curiosidad, pero una curiosidad tan gente, nada más. De pronto decidió contestar.

—No. No lo he visto más.

¿Desde cuándo no lo veía? ¿Desde ayer? Sí; desde ayer; parecía mentira. Lo había olvidado como si hubiesen pasado cuatro años.

En el jardín, el silencio se hizo más agudo. A esa hora, cotidianamente, aturdían los ruidos del ferrocarril más o menos cerca no, y ella gustaba de quedarse inmóvil, sumida el vórtice desagradable. Hoy, mecánicamente, repitió la conducta de siempre. Pero sólo había el silencio; el absoluto silencio rodeante y abrumador. Y —por supuesto— la sonrisa ahora paternal— de Fernando. La sonrisa paternal, de inteligencia, para los niños malos. Y claro, la niña mala era ella. Niña mala en verdad, caprichosa e infiel. Pero sus infidelidades, sus desvíos para formularlo en forma menos dura, no debían considerarse como graves. Hacía poco había dicho él: "Decide, decide de una vez", y ella había guardado silencio: no podía decidir así, de pronto; necesitaba tiempo; cada uno de los hombres significaba para ella algo muy diferente: Fernando era el cariño y la ternura y la estabilidad; Antonio, la novedad, la aventura y la pasión. Claro, ¿que pasión había para los dos, y uno de los pensamientos

que más incómodamente habíanla torturado era el recuerdo de los sabios contactos de las manos de Fernando, y el sabor especial de sus labios. Mas no había decidido; no se había atrevido a hacerlo, y ahora —¡hasta ahora!— comenzaba a hurgarla la urgencia de tomar una decisión antes de que fuera definitivamente tarde. Anoche, todo había parecido liquidarse. Ahora, allí lo tenía; eso era más que pronunciar una palabra.

Le estorbaba el silencio. Una vez más el silencio. La idea de ese jardín estaba siempre entrelazada con la del ferrocarril vespertino. Una tarde —ya no podía precisar cuando— él le hablaba, mientras ella lo miraba absorta (era locuaz Fernando, o al menos hasta ayer lo había sido); de pronto, el ruido aterrador del ferrocarril, acompañado del rumor sísmico de las vidrieras cercanas. El había seguido hablando, ella nunca supo por el ruido de qué, y cuando el tren terminó de pasar, ella se había sentido de pronto entre sus brazos. Un recuerdo tonto; pero es que hoy habían de ser tontos todos los recuerdos.

—¿Recuerdas aquella tarde?

Había sido él quien hablara; no dijo cuál tarde, pero ella lo supo; luego, él también había recordado, y el silencio le hablaba como a ella. No habían muerto los recuerdos. O era quizás —y el terror atravesó sus ojos— la resaca, sólo el último fruto de su árbol.

—Recuerdo todas las tardes —dijo con urgencia, y luego hizo una pausa, oteando las reacciones de Fernando. Era el momento de alzar el telón. Y con voz de obertura pronunció el nombre hoy tan querido:

—Fernando...!

El la miró; tenía sus manos puestas sobre los brazos de ella. Con la mayor sencillez, como si todos los sucesos se olvidaran de pronto, la atrajo hacia sí y la besó. Sin violencia, largamente, y ella puso en el acto toda la sabiduría que de él había recibido.

Sólo un rumor de árboles interrumpía el silencio ritual, y el murmullo lejano de las mujeres que pasaban hacia la pequeña Iglesia que había en el barrio pobre que estaba allí no más; una Iglesia, baja, silenciosa, sin majestad, sencilla en su diseño, en su ceremonia y en su cura; Iglesia sin pretensiones, de claras paredes de madera, recién encaladas; nueva, sin deseo de tradición ni pátina, construida por la abnegación y dedicación de alguna piadosa dama.

—Fernando, vamos a la Iglesia. Por ser la última vez...

Por ser la última vez. Ella lo observó preparar cuidadosamente la respuesta. Y hubo una curiosa alegría en sus ojos cuando respondió:

—Por ser la última vez...

Un liviano encaje negro cubrió la cabeza —adorable cabeza; sabía cabeza, decía Antonio— de ella. Al entrar en la Iglesia, ella se volvió a mirar inquisitivamente a Fernando. Estaba en la puerta. Ante sus ojos, la nave central; una leve emoción adolescente, como de alegres presagios y desed, la recorrió. El tenía la mirada perdida. "Piensa en sí mismo", se dijo ella; "está afectando indiferencia, pero está emocionado por la hora, el silencio y a circunstancia". Tenía ambas manos consumidas en las bolsas posteriores del pantalón. Avanzó precediéndola, mirando hacia adelante, y repentinamente decidió sentarse. Ella se sentó junto a él.

—Reza treinta y tres Credos conmigo —le ordenó—.

El la miró burlescamente:

—Me enredaría al contar diez...

—Toma, entonces. —Y con a-

demán infantil le entregó un pequeño Rosario.— Cuéntalos aquí... ¡Fernando! —suplicó una vez más.

El parecía no oírlo. "Indudablemente está triste; muy triste, pero no quiere demostrarlo"; y comenzó a rezar, observándolo peyorativamente. Seguía mirando al vacío (¿qué diablos se estaba proponiendo?), y el infantil rosario pendía de sus dedos. Ella reasumió sus oraciones. Sólo un litúrgico murmullo de humildes beatas se oía. Unas pocas beatas, las escasas beatas que no irían a la procesión en el centro de la ciudad. Fernando estaba ensimismado, y parecía escucharlas. Sonaban rítmicamente, cadenciosamente. "Parece música de Bach", pensó ella por fin, y siguió una vez más orando.

Pero no podía hacerlo; prefería escuchar, observar los rayos de luz que entraban por las pobres ventanas sin vitral. Era preferible meditar; eso le devolvería la presencia de espíritu, que había perdido en aquel beso. Supo de pronto que estaba fabricando recuerdos; que todo este día no era otra cosa que una larga retorta de recuerdos; y comenzó a fijar detalles. ¿Era acaso esta labor una confesión tácita de fracaso? Comenzó a creerlo. Estaba preparando sus recuerdos; porque intentaba saber que sólo ese valor tendrían las cosas de hoy. Recuerdos, recuerdos, recuerdos. Fernando parecía desaparecer; hubo un largo rato —quizás fué solamente un segundo— en que sintió estar sola. Nadie había a su vera; fué como una ascensión, una pérdida del hábito vital. Sólo el coro monocorde de las beatas se escuchaba junto a ella, como algo muy lejano, como algo divino, como síntoma de la ausencia inminente y conocida.

Era de nuevo el vacío. Ya lo sabía: se iba a alejar; quizás no volvería. Este día sería una aventura entre los dos: lo que antes fuera costumbre, rutina que bordeaba ya el hastío, sería hoy romance y escapatoria y aventura; tras de eso andaba; eso era lo que había buscado; eso era precisamente lo que le había traído el otro. Cuando el otro había llegado, Fernando estaba lejos. "Serán sólo unos días", se había dicho a sí misma, con malicia; sí, habían de ser tan sólo unos días, hasta tanto Fernando no regresase. Y todo había sido una locura aventurera. Pero luego, cuando Fernando había regresado, no había podido separarse del todo; y la fuga, lo subrepticio, lo prohibido, el encuentro fugaz y secreto, habían seguido operando su labor carcomiente. Creía ir olvidando, ir despojándose poco a poco de Fernando; hubo un día en que lo odió, en que sintió casi repugnancia por él, pero fué seguido por días de fiebre y de calor, días de pasión y comunidad, cuando sólo pensaba en su figura de siempre. Un día, en el campo, había besado a Fernando con furia, a mediodía, a pleno sol. Sin romance, ni luna, ni bambúes; sólo los prados resecaos. El sol había hecho hervir las pieles. Ruido de paja y pájaros nada más, y humilde rumor de árboles. El sol, el sol y ellos, y la soledad calcinante. "Un hijo", había pensado. ¿Por qué había ella dejado ir esa ocasión? ¿No habría sido un recurso final para evitarse esta escena de hoy? Ahora lo tendría atado a ella; Pero no había sido posible. Había sido él, el propio Fernando, el que había resistido; había sido él quien se había incorporado de pronto, sudoroso, sacudiéndose la camisa, con templándola sin verla, y de pie había encendido maliciosamente un cigarrillo. Ella, tendida, lo había visto como si fuese enormemente alto; sus brazos —sin ob-

jeto ya— habíanle servido de pronto de almohada, y había cerrado los ojos brillantes complaciéndose en la ocasión de súbito pérdida.

Cesó el rumor de las beatas. Fernando no estaba ya a su lado. Miró por todo lo Iglesia buscándole. No estaba. Sólo el silencio, esta vez absoluto e implacable. Sólo el silencio. De la puerta —al oeste— entraba aún la luz que la deslumbraba. "Se ha ido, se ha ido, se fué para siempre, no lo veré más". Ahora sí podía pensarlo; ya no se engañaba; cuando él se fuera, se iría para siempre, y se iría así.

Y se había ido. ¿Pero cómo? ¿Cómo no haberlo visto salir? Y se había llevado el rosario infantil. "Así es él, así había de irse". Era un gesto tan de Fernando, que la duda final se disipó. La fuga con el rosario era el climax preciso, el climax que él siempre buscaba; el efecto escénico que él trataba de provocar con una palabra o con un gesto siempre que necesitaba despedirse de ella, aunque fuera hasta el siguiente día. "Un simple detalle de orquestación, la última línea del soneto".

Salió en silencio de la Iglesia. En fin, no había que desesperarse. De pronto se encontró en la calle; no supo cómo. Estaba excesivamente claro; el pavimento quería brillar; y el silencio —desaparecidos los ecos claustrales de la Iglesia— se hacía más seco, más perceptible, más hiriente, casi más silencio.

—En tus ojos leo que pensaste que me había ido. Aquí está el Rosario. Me ahogaba de calor allí dentro, y salí a ver el sol y a esperarte.

—¿A esperarme?

—Sí. A esperarte. Una espera física, por supuesto. Ya saliste, ya no espero.

De nuevo la misma insinuación. No podía prescindir hoy de ella. ¿Por qué la crueldad? Caminaron en silencio y en desilusión.

—Fernando —aventuró ella de pronto. Y ante el silencio inquisitivo prosiguió: ¿No querías que nos acercáramos al centro de la ciudad?

—No. Ya comienzan a acostumbrarse a no vernos juntos. No quiero que pierdan esa sana costumbre. De todos modos, no han de volverte a ver conmigo...

—Pero hoy es Viernes Santo, hoy no es un día hoy es un intermedio, las cosas que ayer comenzaron...

—Esta comenzó antes de ayer. Hace muchos días que, porque yo lo he querido, no me presento en público contigo. Te he visto, hemos estado juntos, es cierto, pero a solas; únicamente a solas. ¿Sabes una cosa? —y la frase fué pronunciada con todo indiferente— Ya he aprendido a despreciarte. Te desprecio, pese a que todavía te quiero. Todavía me habita el deseo de tomarte entre mis brazos... Hasta el fin...

—Una vez... ¿recuerdas? Tú fuiste el que no...

—No he de atarme. ¿oyes? No he de atarme. No me atarán si yo no lo quiero. No me atarán a nada que yo no pueda ver hacia arriba.

Ella no pudo evitarlo. Se mordió furiosamente el puño, y comenzó a llorar convulsivamente.

—No te pongas histérica, óyeme, no llores. No es como para estar llorando. Tú ya no me quieres. Eres tú la que ya no me quieres. No llores.

—No. No te quiero. Te odio, te odio, pero es por todo esto...

Hizo un ademán como de abandonar el jardín y entrar de nuevo en la casa.

—Espera, no te vayas, no me dejes solo aquí!

Corrió tras ella hasta alcanzarla.

Anecdótico Nacional

por CARLOS FERNÁNDEZ MORA

Dibujos de Noé Solano V.



DURANTE la campaña política de — 1903, el gobierno de fuerza y de carácter del Licenciado don Ascensión Esquivel, decretó la expulsión fuera del país, de los jefes de los 3 partidos políticos que se oponían al triunfo del Licenciado don Cleto González Víquez, por creerlo candidato oficial. Después de haberlos mantenido presos e incommunicados por varios días, se les expatrió con rumbo a los Estados Unidos de Norteamérica. Entre ellos estaba el Licenciado don Máximo Fernández, quien fué llevado bien custodiado por agentes de la policía secreta a tomar el tren que a las tres de la mañana partía con rumbo a Puerto Limón.

En el tren ordinario de ese mismo día salían para el mismo lugar, la señora esposa del candidato y sus niños, que habían de acompañar al Licenciado Fernández en el destierro. A despedirlos

fueron amigos íntimos de la familia contándose entre ellos a don Antonio Padrón.

Don Máximo Fernández ya se encontraba a bordo de un barco bananero de la United Fruit Company, pero por prohibición expresa, a excepción de la familia que se embarcaba, no se permitió la entrada a los amigos, por lo que tuvieron que despedirse a voces de del muelle.

El señor Padrón se despedía diciendo:

—Adiós, don Máximo; ¿Cómo se siente?...

Y el candidato del Partido Republicano, aquélla figura procerata tan discutida políticamente en Costa Rica, respondió:

—"Adiós mi amigo. Ahora me siento muy bien, especialmente porque el lugar de nuestro destino no tiene el nombre del barco que nos lleva."

Y fué entonces que aquellos amigos se dieron cuenta del letrero pintado en la proa del barco, que decía: "S. S. SIBERIA".

la, y comenzó a besarla como un loco, apurando el sabor salobre de las lágrimas.

—¡No te vayas, no te vayas!

Parecía que él también fuese a llorar. Besó muchas veces las húmedas mejillas que luego trató de secar con su pañuelo. Y conforme la besaba seguía murmurando:

—Yo aún te quiero: oh, cómo te quiero, cómo te maldigo, y cómo me maldigo por quererte y por decirte!

Era imposible. Ya era hora de que esto, todo esto, terminara de una vez. Las marcos de ella reaccionaban desesperadas la cabeza

del hombre mientras murmuraba una y otra vez su nombre. Y así siguieron hasta que ella se calmó.

—¿Volverás? —hubo de preguntar más tarde.

—No me obligues a seguir diciéndolo. Lo que te dije es definitivo; mi decisión está tomada.

Antonio jamás habría dicho cosa semejante. Pero es que, en realidad, Fernando era cruel, lo había sido siempre. Sabía serlo una y otra vez; casi nunca lo manifestaba, pero en un momento se decidía, estallaba, y era un repulsivo torrente. "Es cobarde —

LOS PROBLEMAS DEL CINE EN HISPANOAMERICA

Por Mariano Pefialver

EL CINE, REALIDAD SOCIAL

L cine nace como espectáculo, más tarde se transforma en oficio; a veces logra ser arte; pero sobre todo, y desde otro punto de vista, el cine es un hábito que ha alcanzado la categoría de hecho social.

La pretendida crisis del cine — en la que tanto se ha insistido últimamente — no ha impedido que su industria siga figurando entre las primeras del mundo, por su volumen e importancia. Una industria destinada a satisfacer una insustituible necesidad de las gentes de hoy. Una industria que sostiene y procura económicamente un espectáculo que se ha convertido en vicio.

Como entretenimiento, el cine ha llegado a ser en nuestros días el espectáculo que mayor atracción ejerce sobre la generalidad de las gentes. Como industria, desarrolla una potencia económica que en países como Estados Uni-

dos, lo han colocado en el tercer lugar. Como medio de expresión, es capaz de superar la etapa del mero oficio y convertirse en arte; esto es: en expresión subordinada a un fin estético.

Espectáculo, industria y arte. Son los tres puntos de vista desde los que puede ser observado el fenómeno del cine. Son puntos de vista y no partes esenciales a su íntima naturaleza. El Cine no es sólo un espectáculo, ni una industria sólo, ni sólo un arte. Ni es tampoco la fusión de estas tres cosas. Es algo que está fuera y dentro de todo esto, y que precisa ser mirado con una visión distinta a la que utilizaría un sociólogo ante un espectáculo, un economista ante una industria o un filósofo ante un arte.

A nosotros nos interesan las tres facetas que hemos señalado porque todas ellas constituyen un problema auténtico dentro del panorama social de la América hispana. Son tres problemas insoslayables que, estudiados separadamente, nos llevarían muy lejos, pero que mirados en conjunto nos obligan a afirmar que el fenómeno del cine, sea espectáculo o sea arte, es, indudablemente, un he-

cho que ha adquirido la importancia de realidad social. Y esta concepción nos salva de las difíciles y muchas veces estériles discusiones sobre la naturaleza del cine, sobre su categoría artística e intelectual, sobre su validez estética o expresiva, etc. El cine, insistimos, es, se dude o no de su naturaleza, una auténtica realidad social.

EL CINE Y SU INFLUENCIA EN LAS MASAS

Así considerado, el fenómeno del cine se nos aparece como un hecho que es necesario observar. Y en esta observación, lo primero que se nos plantea es el rasgo señaladísimo de su influencia en las masas. Influencia que está en razón directa de la potencia "impresiva" del film y en razón inversa de la capacidad crítica del espectador.

Y hablamos de impresión, y no de expresión cinematográfica, por que, como apunta Wilfrid Upson, Vicepresidente de la *Catholic Film Society*, de Londres, la verdadera fuerza de una película radica, más que en la maestría de la expresión cinematográfica, en la impresión que tal expresión produce. Esto, que en un plano puramente teórico podría producirnos cierto desagrado, es, en la práctica, absolutamente real e incluso válido si aceptamos las sugerencias del mismo Wilfrid Upson condensadas en el título de su artículo *La expresión como medio de impresión*.

Y esta impresión se debe a multitud de factores de todas clases, pero que tienen un destino común: dar la sensación de realidad y, con ella, conseguir que el espectador olvide que lo que ve en la pantalla es una proyección cinematográfica. Cuanto menor sea la diferencia entre la realidad de la película y la realidad de cada día, mayor poder de absorción tendrá aquella respecto a la realidad concreta del momento. Y con mayor rapidez se realizará la incorporación del espectador a la vida ficticia que transcurre en la pantalla. Una incorporación activa que participará en la acción sabiéndola presente, inmediata, sentida allí mismo. Por eso, afirma Agostino Gemelli: "el arte del cineasta es el arte del tiempo".

Y a esta incorporación del espectador dentro de la acción desarrollada en el presente, va a contribuir un hecho que diferenciará al cine de cualquier otro género narrativo: la absoluta inhibición del autor. El autor aquí no interpreta, presenta sólo, es decir, cae. La diferencia con el arte teatral radica en que éste, al contrario del cine, no persigue la realidad concreta, inmediata, sino realidad intelectualizada, abstracta, ordenada a un fin lógico en el que lo que menos importa es que se vea el artificio, el andamiaje, siempre que éste no perjudique a la bella estructura de los personajes o a la acción inmortalizada, al diálogo preciso. El teatro es un arte típicamente intelectual, propio de épocas de madurez y de experiencia. El cine es un arte más vital, más concreto, propio de épocas de decadencia y transición.

El espectador en el teatro está ajenos a lo que allí ocurre. En el cine es como "solicitado" como dice Gemelli "por la acción, por la participación en la vida de los personajes y al mismo tiempo, por una vida y unos sentimientos exteriores a la acción del film".

Esta absoluta inmersión en el

relato cinematográfico es la que contribuirá, junto a aquella inhibición del autor a que antes nos referíamos, a liberar al espectador de toda sugerencia marginal respecto a los hechos presentados, que no provengan indirectamente de la significación inserta en esos mismos hechos. Tal independencia determinará la libertad de interpretación inherente a todo relato cinematográfico. El espectador sólo percibe los hechos más su significación es un elemento que él pone libremente. Así, el espectador queda incorporado a la acción en un doble sentido: participando vitalmente en ella, y definiéndola al mismo tiempo según su peculiar criterio, de tal manera que en un plano teórico el espectador de cine se encuentra a la vez encadenado y libre ante el relato filmico. Encadenado en cuanto es solicitado inmediata y vitalmente por las peripecias de la acción. Libre en cuanto conserva su vida auténtica y concreta, independientemente en todo caso de aquella otra vida de artificio que aparece en la pantalla.

En cuanto estas dos fuerzas pierden su equilibrio, algo ha quedado irremediablemente perjudicado. Si la acción absorbe por completo al espectador y éste pierde en absoluto su independencia, el cine se convierte en un estupefaciente cuyos efectos pueden ser terribles aun fuera ya de la sala cinematográfica. Si la acción no logra incorporar ni una parte sola de la atención del espectador, esto demostrará que la película es mala o ininteligible, o que el espectador es inepto. El primer caso supone un peligro, el segundo un fracaso.

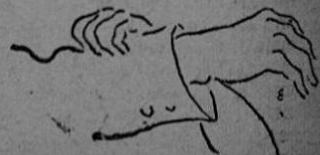
Ese desequilibrio, en perjuicio de la libertad del espectador, justificará la frase de Montherlant: "El cine podía haber sido un maravilloso medio de educación.... Pero se ha transformado en uno de los grandes factores de embrutecimiento del siglo XX".

Pero ese mismo "poder maligno" asignado al cine está demostrando palpablemente la calidad de su fuerza y la universalidad de su influencia. Porque el cine es hoy un lenguaje universal que todos comprenden. Un lenguaje que puede y sabe decirnos la verdad. Un lenguaje que es capaz de hacernos sentir la belleza. Recordemos el pensamiento de André Maurois, que decía comentando *La ruée vers l'or*: "es el primer ejemplo desde la "Chanson de Roland" de un poema accesible por igual a todos".

Estos son, pues, los supuestos que determinarán la importancia del fenómeno del cine considerado como realidad social: su enorme difusión, su comprensión fácil, el poder de absorción de su lenguaje y la libertad de interpretación que concede al espectador respecto a los supuestos hechos por él presentados.

La importancia del cine no la contemplamos, pues, en función de su intrínseca naturaleza, sino sólo atendiendo a la trascendencia de su acción y a la universalidad de su influencia.

Particularicemos ahora esta concepción aplicándola, aunque sea someramente, a aquellos tres supuestos — arte, industria, espectáculo — dentro ya de la peculiar realidad hispanoamericana.



pensó— es un cobarde; ahora, q' me ve desesperada por él, se ríe de mí, me humilla, me insulta. Pero si yo lo dejara a mi vez, bajo mis pies habría de arrastrarse, como siempre lo ha hecho, como siempre lo hace. ¡Cana'la!".

—En todo caso, ¿para qué quieres que vuelva? ¿No tienes ya tu ... hombre?

—¡Tu hombre tu hombre! ¿Por qué esa horrible forma de decirlo? Todo lo tenía calculado, todo lo calculaba. Antonio no. Antonio era otra clase de hombre. Era distinto. Lo q' estaba pasando y ella lo sabía— era q' hoy Fernando era la aventura. Ese constante retorne lo: "No volveré, no volveré", fría mente calculado, era lo que la estaba exasperando; se estaba presentando hoy —pobre pretensión— como si la aventura fuese él. El, precisamente él; él, el calculador, el cotidiano. ¡Ser él la aventura! Pero lo cierto es que lo era, que el hecho simple de que ésta fuese la última de sus entrevistas, la exacerbaba, le hacía crecer las uñas. Ah si él la pudiera obtener de él la promesa de volver, estaba segura de que todo pasaría; la conciencia de que podrá seguirlo viendo, seguir teniendo su presencia constante y repetida, la volvería a la calma, y entonces el hastío regresaría una vez más. Y entonces ella podría pensar a sus anchas en Antonio.

No tuvo que pedirselo. El pareció adivinar lo que ella pensaba, y de pronto dijo: —Está bien, volveré. No puedo evitarlo. Te adoro... ¿Cuánto tiempo habría transcurrido? —Volveremos a lo de antes —siguió—; te llevaré donde quieras; iremos juntos. Todo será como siempre ha sido. Todo será normal... Ella lo meditó un rato. ¿Estaría diciendo la verdad? ¿No sería eso parte del juego atroz y agotante?

—Está bien —le dijo tímida mente, y olvidará a Antonio.

Pero sabía que no podría olvidarlo. Era a Antonio al que ella necesitaba; era a Antonio. Sin embargo, cuando los brazos de Fernando la rodearon, y se sintió una vez más atraída hacia él y su boca buscó la boca de ella,

fué otra vez la desesperación y otra vez el ansia incontinente. Intentó casi bebérselo, integrarlo a su cuerpo. A su cuerpo.

Poco a poco anochecía. Pero ella estaba al margen de todo. Sólo él, sólo él la habitaba ahora. Y sin embargo, esta noche Antonio haba prometido venir. Se quedó de pronto contemplando a Fernando. '¿Cuál, Dios mío cuál?'. Y de pronto Fernando comenzó a reír.

—No. No es posible. No volveré. Es mejor que no vuelva. Olvidate de todo; olvidate de todo lo que hoy a sucedido. Recuerda que hoy es Viernes Santo —(la idea regresó como en peregrinación)—. Yo no puedo resistir esto. No puedo resistirlo, compréndelo. Y tú tampoco. Lo que nos está uniendo, lo que nos está erizando el pelo, y sólo eso, es la carne que ha despertado y trata de amarrarnos, pero es sólo ella. Es la carne únicamente la que llama.

Y una vez más la besó. Sus labios se cansaban pero nunca la había besado como ahora, con una desesperación que tenía algo de agonía, de fuerte, vigorosa agonía. Permanecieron de pie abrazados, mientras el sol terminaba de ponerse largo rato, consumidos terminados naufragos.

Cuando se separaron, ambos quedaron una vez más en silencio. Se miraron atravesándose, como queriendo grabar definitivamente las imágenes. El de pronto dio vuelta y comenzó a caminar, a alejarse hacia afuera. "Ha logrado su climax", pensó ella. Cuando al fin dejó el jardín, ella entró a la casa. Ya era de noche.

En la sala tirado en el mismo sillón de siempre, estaba abandonado el viejo sombrero de Fernando. El sombrero de siempre. El pingüino atento a todas las cosas parecía mirarlo.

Lo recogió y lo guardó en su armario, religiosamente, junto al retrato archivado la noche antes junto al Rosario como si guardase la última reliquia. Tenía que guardarlo bien. No quería que Antonio, que pronto habría de llegar lo viese.

No debía verlo. No debía sospechar siquiera su existencia. Porque ella ya sabía a qué atenerse.

Las Civilizaciones Americanas

En la Obra de Toynbee
Por Vicente Fatone

L monumental "Estudio de la Historia", de Arnold J. Toynbee, que consta ya de seis gruesos volúmenes y que habría de completarse con otros tres próximos a aparecer, ofrece para los americanos un interés mucho mayor que el de cualquier otra obra anterior de la misma índole, porque plantea en forma concreta el problema de las civilizaciones americanas y trata de ubicar su pasado y su futuro dentro del panorama universal.

Toynbee señala que los siglos XVI y XVII constituyen el momento en que la civilización de la Europa occidental asestó sus feroces golpes a todas las demás civilizaciones contemporáneas del planeta. El viaje de Colón hacia Occidente y el de Vasco de Gama hacia Oriente abren el camino a las grandes incursiones europeas por toda la faz del planeta; son el antecedente del "impacto" que determinó la creación de los grandes virreinos de las Indias Occidentales, del gran virreinato de la India oriental, y de los impactos hechos posteriormente en China y en el Japón.

Esos impactos plantean al historiador estos dos problemas, en lo que se refiere a América: ¿La conquista española destruyó efectivamente las civilizaciones americanas? Los pueblos americanos, que hasta ahora no han respondido con éxito al golpe europeo. ¿empezan a ofrecer síntomas de respuesta inmediata o futura?

A la primera pregunta, Toynbee contesta (en el volumen IV de su obra), denunciando la falsedad del lugar común según el cual la muerte de las civilizaciones americanas se producen por el ataque europeo que conocemos como la "conquista de América". Ese falso lugar común deriva, según Toynbee, de una confusión de conceptos. Lo que efectivamente los españoles destruyeron fué los imperios americanos, pero no su civilización.

A la llegada de los españoles, el imperio incaico ya había logrado unificar políticamente todo el dominio de la "sociedad andina".

Pero ese imperio no era, desde el punto de vista de la civilización, signo de decadencia. Más aún: el imperio Incaico fué posible porque ya cinco siglos antes se había entablado un conflicto fratricida como el que se advierte en la decadencia de cualquier civilización: en este caso fué el conflicto entre la costa y el altiplano. Aquel conflicto, obra del militarismo suicida, determinó el derribo de la civilización andina, e hizo posible precisamente el Imperio Incaico. Todo lo que los españoles hicieron fué apresurar la muerte de la civilización, que abandonada a sí misma, no hubiera tardado en extinguirse. La simple destrucción, manumilitari, del Imperio Incaico, no hubiera significado la muerte de la civilización andina, si ésta hubiese tenido vigor suficiente para sobrevivir. Otros imperios fueron destruidos, sin que su civilización desapareciera; y hasta la civilización, de las sociedades atacadas consiguió, muchas veces, conquistar a sus propios conquistadores, como la civilización helénica conquistó a sus conquistadores romanos, y como la civilización hindú conquistó a su conquistadores mongoles. La civilización incaica no sobrevivió, porque a la llegada de los españoles ya estaba

a punto de morir: la conquista sólo fué el golpe de gracia a un suicida moribundo.

El caso de la civilización que podemos llamar "centroamericana" es similar al de la Andina. A la llega de Cortés, los aztecas estaban a punto de rematar, "con un militarismo peor que el asirio", las campañas de imposición de un "estado universal" en todas las regiones vecinas. Cortés vino a interrumpir ese proceso, pero completándolo en seguida con la unificación española representada por el virreinato de Nueva España. Y ¿por qué también en este caso murió la civilización? No por obra del ataque español, sino como consecuencia de los conflictos fratricidas producidos a fines del siglo XII. Tampoco aquí se trata de la muerte de una civilización por obra de una fuerza extraña; se trata de la obra de un militarismo que, a pesar de su aparente vitalidad, no es sino, como el militarismo asirio, "un cadáver metido dentro de una armadura".

Queda el segundo problema, que es el de la posible respuesta americana al tremendo impacto europeo. Y debe entenderse por "respuesta americana" la de los "indios" descendientes de los hombres que integraban los imperios americanos y que crearon sus culturas.

En el caso de la sociedad andina, Toynbee observa que los indios, a pesar de cuanto acerca de ellos y de sus derechos pueda decirse en constituciones y leyes, han sido de hecho mantenidos al margen de la vida política y cultural y hasta "hundidos" en la condición de casta inferior; y se refiere concretamente a los casos de Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia, "estados sucesores" del virreinato. En México, la situación ha sido distinta. Es en la revolución mexicana de 1910 donde Toynbee ve el asomo de respuesta americana al golpe de Cortés. (Respuesta en apariencia tardía; pero conviene recordar que los molinos de la historia, como los de Dios, muelen sin prisa). Esa respuesta tiene, según Toynbee, un carácter general semejante al de la respuesta China, también de este siglo. No se trata de una tentativa de desprenderse de la civilización europea que reemplazó a la azteca. Todo lo contrario; se trata de responder al golpe asimilándose los procedimientos y medios del atacante. Desde la revolución de 1910, ha habido en México un "fermento y levantamiento general de las masas de indios", muchos de los cuales han "escalado las más altas posiciones políticas del turbulento estado-sucesor del virreinato de Nueva España". El movimiento de rebelión no ha sido contra la civilización europea, sino a favor de ella: en las campañas "contra los latifundios, contra la iglesia, contra los intereses petrolíferos" (que son los tres aspectos del levantamiento, señalados por Toynbee), lo que los indios mexicanos han querido es terminar con los privilegios de los mexicanos nativos de ascendencia hispana al mismo tiempo que contra los "prelados y capitalistas extranjeros"; pero el objetivo final es el de permitir, no la recuperación de su antigua cultura, sino el acceso al "reino de los cielos" de la civilización oriental, asegurando las masas de ascendencia indígena la posesión efectiva del viejo hogar.

A los historiadores americanos toca ahora la tarea de estudiar en detalle la obra de Toynbee y de mostrar hasta qué punto su interpretación está fundada. Y a quiénes, sin ser historiadores, vi-

EL TICO Y SU TIERRA

Por WILLIAM VOGT

VEAN CON SUS PROPIOS OJOS



PRENDAN ustedes a leer la tierra, y lean lo que les dice la tierra de Costa Rica. Aunque no sean propietarios, les concier-

ne lo que pasa con la tierra de los demás, porque ustedes son costarricenses y los terrenos y lo que les sucede a ellos afecta el bienestar de todo Costa Rica y de todos los costarricenses.

¿Cuál ha sido la causa de la escasez de agua? ¿De la destrucción del suelo? Del atterramiento de los depósitos? Del hambre creciente del pueblo? La causa ha sido la destrucción de los bosques.

Ha habido otras causas que han contribuido a esta situación. Pero Costa Rica no puede prosperar —ni siquiera sobrevivir— a menos que proteja sus bosques.

Miren en torno suyo; lean la tierra; no crean lo que dice la gente simplemente porque alguien les dice que es cierto. Vean con sus propios ojos. Hay pocas partes en Costa Rica donde la condición de la tierra no se halle claramente escrita en el paisaje.

¿Qué pueden hacer ustedes para remediarlo? ¡Mucho!

¿Es necesario acabar con la tala de árboles y dejar de usar los bosques? Por supuesto que no. Los bosques existen para el uso de los hombres, como las gallinas. Pero deben usarse debidamente; de otro modo desaparecerán, como desaparecen las gallinas que no son alimentadas ni protegidas.

¿De qué manera están siendo aprovechados ahora?

Las condiciones variarán en muchas partes de la República, pero en general hallarán ustedes que los bosques están siendo asesinados.

En muchos lugares se talan los bosques y no se cultiva nada en el terreno; en otros se reemplazan por milpas. A veces la tierra queda descarnada y quemada y comienza la erosión.

En otros bosques hay muchos árboles en pie, pero todos son árboles añosos; árboles que tienen cincuenta o sesenta o setenta o más de cien años.

La vida normal de esos árboles es tal vez de ciento cincuenta o doscientos años, de modo que los árboles de 50 a 100 años pueden compararse con hombres o mujeres que tuvieran veinte o treinta años.

La tragedia de los bosques de Costa Rica es que en grandes extensiones no hay árboles jóvenes; los bosques no se van renovando.

Supongan ustedes que en Costa Rica no hubiera seres humanos menores de 20 o 30 años; que todos los niños fueran asesinados o que murieran a causa de una enfermedad. ¿Qué pasaría con Costa Rica? ¿Cuánto tiempo podría sobrevivir?

ven preocupados por el futuro de los pueblos del continente, toda la otra tarea, más grave y delicada, de meditar sobre la tesis de Toynbee, según la cual las civilizaciones mueren por el acto suicida de las luchas fratricidas del militarismo. Y no sólo la tarea de meditar sobre ello, sino también la de sacar consecuencias

Costa Rica ha estado destruyendo sus bosques durante cuatrocientos años; durante cuatrocientos años se ha estado haciendo daño a sí misma; destruyendo su suelo, su agua, aterrando sus lagunas, arrebatándole el bocado a los seres humanos, y todo por destruir sus bosques en forma inconsecuente, en los lugares en que deberían conservarse.

No sólo lo ha estado haciendo durante cuatrocientos años; lo sigue haciendo ahora; en este mismo día; y lo hace cada vez con mayor rapidez y causando una mayor destrucción.

¿Por qué afirmo esto? Principalmente por dos razones: cada vez hay más gente en Costa Rica que necesita usar la tierra, la leña, la madera y el carbón que vienen de los bosques. Y el progreso en los medios de transporte ha permitido llegar hasta bosques que antes estaban a salvo. Cada día llegan más productos de los bosques al pueblo de Costa Rica.

Y mientras tanto los árboles no tienen hijos en aquellas extensiones de miles de manzanas que antes ocupaban los bosques.

¿Pueden sobrevivir los bosques? Si sus gallinas no pusieran huevos y no estuvieran en posibilidades de incubarlos, ¿cuánto tiempo tendrían ustedes pollos?

Así es de sencillo. Cada campesino entiende lo que es necesario para criar pollos, para evitar que sus ganados mueran. El mismo procedimiento se necesita para criar árboles. Los árboles jóvenes, como los pollitos, tienen que tener tiempo para crecer. Como los pollos, necesitan comer —y hallan su alimento en el suelo—. Deben estar en posibilidades de poner huevos, esto es de producir semillas. Y las semillas tienen que tener tiempo para transformarse en árboles, para producir semillas a su vez. Mientras, deben ser protegidos de las enfermedades y de sus enemigos naturales.

Nada complicado hay en todo esto. Es cosa de sentido común. Es algo que todo campesino entiende.

Pero, ¿obramos siempre de acuerdo con el buen sentido?

¿Nos dejamos siempre gobernar por lo que conocemos?

Por desgracia, no. ¡Si lo hiciéramos, viviríamos en un mundo más feliz!

¿Qué están ustedes los ticos haciendo con sus bosques?

En primer lugar los están talando y no hacen nada para reponerlos. Están cortando árboles de sesenta y de cien años de edad sin plantar otros nuevos. El gobierno no se ocupa en obras grandes de reforestación. ¿Quién va a proteger las tierras taladas durante los próximos cien años, mientras crecen los árboles?

Hubo el mismo sistema en los Estados Unidos durante muchos años. La población era poca y las gentes cortaban los árboles y dejaban desiertos tras ellas. Después de la tala vinieron los incendios, las "quemadas". Y después de las quemadas vino la erosión del suelo. Lo que quedó prácticamente quedó inservible.

Y ahora el Gobierno norteamericano —con dinero recaudado de toda la gente en forma de impuestos— está comenzando a reponer parte de esa tierra, plantándole árboles que tardarán muchos años en crecer. Este sistema de tala ha costado a los campesinos de los Estados Unidos muchos millones de dólares.

HISTORIA DEL PODER EJECUTIVO

Por Rafael Obregón Loría

Gobierno constitucional del licenciado don Bernardo Soto



DECAROSE popularmente electo Presidente de la República al licenciado don Bernardo Soto Alfaro el 5 de mayo de 1886, y este ciudadano tomó posesión de su alto cargo el 8 de mayo siguiente.

Por distintas causas el señor Soto se separó del Poder en las siguientes ocasiones:

Del 6 de noviembre al 4 de diciembre de 1886, siendo sustituido por el Primer Designado general Apolinar de Jesús Soto; del 7 de julio al 13 de agosto de 1887, sustituido por el mismo señor general Soto; del 2 de noviembre de 1888 al 15 de marzo de 1889, sustituido por el mismo señor Primer Designado; del 19 de mayo al 10 de agosto de 1889, sustituido por el Segundo Designado licenciado Ascensión Esquivel; del 7 de noviembre de 1889 hasta el final del período, sustituido por el Tercer Designado doctor Carlos Durán.

Designados a la Presidencia en este período

El 5 de mayo de 1886 el Congreso Constitucional nombró como Designado a la Presidencia de la República para el período de 1886 a 1890, a los siguientes ciudadanos: 1º general Apolinar de Jesús Soto Quesada; 2º licenciado Ascensión Esquivel Ibarra; y 3º doctor Carlos Durán Cartín. Secretarios de Estado durante este período

Licenciado Ascensión Esquivel Ibarra: Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto. Renunció el 5 de noviembre de 1886. Nombrado nuevamente en el mismo cargo el 12 de marzo de 1887. El 18 de marzo siguiente se le concedió licencia para separarse de sus Carteras con motivo de un viaje que realizó a Cuba. El 5 de setiembre de 1887 volvió a sus funciones. El 2 de agosto de 1886 renunció su cargo.

Doctor Carlos Durán Cartín: Gobernación, Policía y Fomento, hasta el 19 de julio de 1883, en que renunció. Volvió a desempeñar estas mismas Carteras del 26 de setiembre al 4 de octubre de 1889.

Licenciado Mauro Fernández Acuña: Hacienda, Comercio e Instrucción Pública. Del 14 de agosto al 4 de octubre de 1886 tuvo como recargo la Cartera de Fomento. Renunció la Secretaría de Estado el 5 de noviembre de 1886.

Fué nombrado nuevamente para el mismo puesto el 4 de diciembre de 1886 y le fueron recargadas accidentalmente Relaciones Exteriores y Carteras anexas. El 4 de octubre de 1889 se hizo cargo de todas las Carteras, convirtiéndose en Ministro General del Presidente Soto, hasta el 8 de noviembre de 1889 en que le fué admitida la renuncia.

General Santiago de la Guardia Fábrega: Guerra y Marina. Del 14 de agosto al 4 de octubre de 1886 tuvo como recargo Gobernación y Policía. Renunció el 5 de noviembre de 1886. El 30 de abril de 1889 se le nombró otra vez para Guerra y Marina, y el 20 de julio siguiente se le recargaron Gobernación, Policía y Fomento. El 12 de agosto de 1889 se le aceptó la renuncia.

Licenciado León Fernández Bonilla: Gobernación, Policía y Fomento, del 20 de julio al 13 de agosto de 1886, en que renunció.

Licenciado Ricardo Jiménez Oreamuno: Gobernación, Policía y Fomento, del 4 de octubre al 5 de noviembre de 1886. Nombrado el 26 de setiembre de 1889 para Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto; renunció el 4 de octubre siguiente. Del 8 al 14 de noviembre de 1889 se hizo cargo de las Carteras de Relaciones Exteriores y anexas, e interinamente de las de Gobernación, Policía y Fomento.

Licenciado José Joaquín Rodríguez Zeledón: Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto, del 5 de noviembre al 4 de diciembre de 1886, en que renunció.

Don Manuel Aragón Quesada: Hacienda y Comercio, del 5 de noviembre al 4 de diciembre de 1886, en que renunció.

General Apolinar de Jesús Soto Quesada: Guerra y Marina del 5 de noviembre de 1886 al 30 de noviembre de 1887, y del 3 de agosto de 1888 al 30 de abril de 1889. Del 4 de diciembre de 1886 al 12 de marzo de 1887 tuvo como recargo las Carteras de Gobernación, Policía y Fomento.

Don Joaquín Lizano Gutiérrez: Gobernación, Policía, Fomento e Instrucción Pública, del 8 de noviembre al 4 de diciembre de 1886.

Licenciado Cleto González Viquez: Gobernación, Policía y Fomento, desde 12 de marzo de 1887. Del 18 de marzo al 5 de setiembre de 1887 tuvo como recargo las Carteras de Relaciones, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto. Renunció el 5 de abril de 1888. Nombrado Secretario de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores y Carteras anexas el 30 de abril de 1889; renunció el 12 de agosto siguiente.

Licenciado Pedro Pérez Zeledón: Gobernación, Policía y Fomento, desde el 16 de junio de 1888. El 3 de agosto siguiente se le nombró para las Carteras de Relaciones Exteriores, Gracia, Justicia, Beneficencia y Culto. El 29 de setiembre de 1888 renunció su cargo, y se trasladó a los Estados Unidos como ministro diplomático.

Licenciado Máximo Fernández Alvarado: Gobernación, Policía y Fomento, del 3 de agosto de 1888 al 30 de abril de 1889, en que renunció.

Don Manuel de Jesús Jiménez Oreamuno: Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto, del 28 de setiembre de 1888 al 30 de abril de 1889.

Don Tobías Zúñiga Castro: Gobernación, Policía y Fomento, desde el 30 de abril de 1889; el 20 de julio siguiente se le concedió licencia para separarse de su puesto. El 12 de agosto de 1889 renunció.

Licenciado Ezequiel Gutiérrez Iglesias: Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto, del 12 de agosto al 26 de setiembre de 1889, en que renunció.

Licenciado Andrés Venegas García: Gobernación, Policía y Fomento, del 12 de agosto al 26 de setiembre de 1889, en que renunció.

Licenciado Francisco Aguilar Barquero: Guerra y Marina, del 12 de agosto al 16 de setiembre de 1889 en que renunció.

Licenciado Alejandro Alvarado García: Gobernación, Policía y Fomento, desde el 14 de noviembre de 1889.

Sub Secretarios de Estado en el gobierno del licenciado don Bernardo Soto

Licenciado Cleto González Viquez: Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto. En agosto de 1886 pidió licencia para separarse de su puesto y no volvió a ocuparlo. Unos meses más tarde fue ascendido a Secretario de Estado.

Licenciado Angel Anselmo Castro Mendez: Gobernación, Policía y Fomento. El 14 de agosto de 1886 se le trasladó a la Sub Secretaría de Hacienda, Comercio e Instrucción Pública. Fungió hasta el 10 de diciembre de 1886.

Licenciado Pedro Pérez Zeledón: Hacienda, Comercio e Instrucción Pública, el 8 de noviembre de 1886 pasó a desempeñar la Sub Secretaría de Guerra y Marina, y entonces se le encargaron interinamente las Carteras. El 10 de diciembre de 1886 se le nombró otra vez Sub Secretario de Hacienda, Comercio e Instrucción Pública. El 11 de marzo de 1887 renunció. Unos meses más tarde fue ascendido a Secretario de Estado.

Licenciado José Astúa Aguilar: Guerra y Marina. El 14 de agosto de 1886 se le recargó la Sub Secretaría de Gobernación, Policía y Fomento, y el 7 de diciembre siguiente se le volvió a encargar. Del 8 de julio al 12 de agosto de 1887 estuvo a cargo interinamente de la Secretaría de Estado, por viaje a Nicaragua del titular. Del 5 de abril al 16 de junio de 1888 estuvo a cargo del Despacho por renuncia del Lic. González V. El 4 de agosto de 1888 se le trasladó a Hacienda, Comercio e Instrucción Pública. El 30 de abril de 1889 se le trasladó nuevamente a Gobernación, Policía y Fomento.

Don Pío J. Viquez Chinchilla: Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto de agosto de 1886 a 18 de marzo de 1887. Interinamente volvió a desempeñar esta Sub Secretaría del 18 de marzo al 2 de mayo de 1889.

Doctor Rafael Machado Jáuregui: Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto, desde el 18 de marzo de 1887. Del 8 de julio al 12 de agosto de 1887 atendió la Secretaría de Estado por viaje del titular a Nicaragua. El 4 de agosto de 1888 se le trasladó a Gobernación, Policía y Fomento. El 30 de abril de 1889 renunció.

Coronel Ronulfo Soto Alfaro: Guerra y Marina desde el 19 de diciembre de 1887, haciéndose cargo del Despacho hasta el 3 de agosto de 1888. Volvió a hacerse cargo del Despacho del 3 de noviembre de 1888 al 16 de marzo de 1889. El 30 de abril de 1889 se le aceptó la renuncia. El 13 de agosto de 1889 se le nombró nuevamente. El 16 de setiembre se hizo cargo del Despacho y lo sirvió hasta mayo de 1890.

Don Federico Vano Tinoco: Hacienda, Comercio e Instrucción Pública, desde el 8 de julio de 1887. Por haber sido nombrado Encargado de Negocios en Washington, renunció el 29 de junio de 1888.

Licenciado Benito Serrano Jiménez: Hacienda, Comercio e Instrucción Pública, del 29 de junio al 11 de julio de 1888, en que fue nombrado Magistrado de la Corte Suprema de Justicia.

Licenciado Octavio Beeche Argüello: Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto, del 6 de agosto de 1888 al 18 de marzo de 1889 en que renunció.

Licenciado Gerardo Castro Méndez: Hacienda y Comercio desde el 11 de abril de 1889. El 1º de octubre se le recargó la Sub Secretaría de Gobernación, Policía y Fomento. El 15 de noviembre se le trasladó a la Sub Secretaría de Instrucción Pública.

Licenciado Alberto Brenes Córdoba: Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto, del 2 de mayo al 13 de agosto de 1889.

Don Eloy Truque: Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto, desde el 13 de agosto de 1889. El 15 de noviembre siguiente se le trasladó a Hacienda y Comercio.

Don Faustino Viquez Zamora: Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto, desde el 15 de noviembre de 1889.

Hechos importantes en este período

Se suprimen los tratamientos honoríficos dados a las corporaciones y a empleados públicos.

Se cambia el nombre del cantón de Pacaca por el de cantón de Mora como homenaje a los ciudadanos don Juan Mora Fernández y don Juan Rafael Mora. Se declara Benemérito de la Patria a don Jesús Jiménez.

Se manda a educar en la escuela normal a William Gabb Lyon, natural de Talamasca.

Se establece un consulado general en San Francisco de California.

Se forma el Parque Morazán en la antigua plaza de la Laguna.

Se funda el Museo Nacional.

Se funda el Instituto de Alajuela.

Se funda el Liceo de Costa Rica.

Se funda el Colegio Superior de Señoritas.

UTIVO EN COSTA RICA (19)

Instituto Físico Geográfico y Meteorológico.
 Oficina de Dependencias y Publicaciones.
 Viaje a Europa o América del Norte.
 Jóvenes costarricenses se dediquen a las ciencias.
 Tratado Esquivel sobre arbitramientos entre Costa Rica y Guatemala, nombrando presidente de los señores Mr. Grover Cleveland, Estados Unidos de América.
 Que las mujeres en cada 15 días.
 Presidente Soto una vez en el salón de guerra de Guatemala y José María.
 cuando Cleveland, el Tratado de Amistad.
 Universidad de Guatemala a oficinas de enseñanza superior de Derecho y Medicina.
 amar Biblioteca Nacional y Universitaria.
 ón de Palmares, en el terremoto de diciembre.
 Juegos de gallos.
 Instituto Nacional de Agricultura y Organización y se crearon Bibliotecas Públicas.
 Gen. JESUS PESADA.

Desde joven se dedicó a la carrera de las armas. Participó en los movimientos militares de 1842 y 1847. Tomó parte en la Campaña Nacional contra los Filibusteros.

Fué comerciante y agricultor, y se dice que fué el primero que plantó el cultivo del café en Alajuela.

Alcalde y Juez de primera instancia de la ciudad de Alajuela. Comandante de varias plazas. Gobernador de Alajuela. Consejero de Estado en el segundo gobierno provisorio del general Guardia. Conjuez del Supremo Tribunal de Justicia. El 22 de abril de 1882 se le promovió a general de brigada, y el 31 de marzo de 1885, a general de división. Secretario de Estado en los Despachos de Guerra y Marina durante la administración del Presidente don Bernardo Soto. Diputado y Presidente del Congreso Constitucional. En junio de 1891, el Presidente don José Joaquín Rodríguez lo expulsó del país en unión de su hijo don Ronulfo y otras personas, alegando que conspiraban contra su gobierno. En sus últimos años estuvo alejando de la política.

MURIO en Alajuela el 13 de junio de 1911.

Licenciado ASCENSION ESQUIVEL IBARRA



(Sus datos personales serán consignados más adelante)

En calidad de Segundo Designado sustituyó al Presidente Soto del 19 de mayo al 10 de agosto de 1889.

Doctor CARLOS DURAN CARTIN



En calidad de Tercer Designado sustituyó al Presidente Soto,

del 7 de noviembre de 1889 hasta el final de su período (8 de mayo de 1890).

PADRES: José Durán Santillana y Ramona Cartin Mora.

NACIO en San José el 12 de noviembre de 1852.

CASO el 29 de abril de 1876 con Dolores Quirós Morales.

Se graduó de médico y cirujano en Inglaterra en 1874, viajando luego por numerosos países de Europa. Fué Presidente de la Junta de Caridad y se preocupó por la reorganización del Hospital de San Juan de Dios, donde abrió salas y un laboratorio para exámenes clínicos. Fundó la Escuela de Enfermería y dió allí clases de varias materias. Profesor de Física en el Instituto Nacional, y de Anatomía, Fisiología e Higiene en el Instituto Universitario. Fué miembro de la Dirección de Estudios de la Universidad de Santo Tomás y Rector de esa Universidad en 1887.

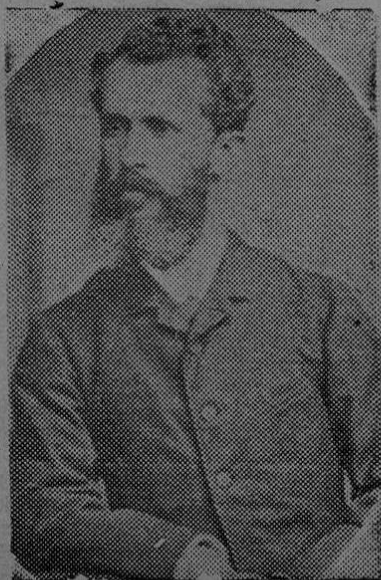
Como Secretario de Estado en el gobierno del licenciado don Bernardo Soto logró que se fundara el Asilo Chapuí para los enfermos mentales, y se creara la lotería nacional para conseguir fondos para su mantenimiento y el del Hospital. Como Tercer Designado a la Presidencia de la República se hizo cargo del Poder el 7 de noviembre de 1889 y terminó el período del señor Soto. En 1892 vino el Congreso como diputado y fué su Presidente, pero esta Cámara tuvo poca vida, porque el Presidente Rodríguez la clausuró.

Descubrió la causa de la enfermedad conocida por el pueblo con el nombre de "cansancio", o sea la anquilostomiasis, producida por un parásito intestinal. Logró entonces interesar al gobierno en una cruzada contra esta enfermedad, se mandaron misiones a los pueblos, y los resultados fueron magníficos. Combatió también la malaria, y por su iniciativa, la Municipalidad de San José construyó un sistema de cloacas acorde con las normas modernas.

En 1912 volvió nuevamente al Congreso, y entonces trabajó para la creación de un Sanatorio para el tratamiento de los tuberculosos; este Sanatorio se construyó en las faldas del Volcán Irazú, es honra del país, y hoy lleva su nombre. Fué el doctor Durán un médico ilustre y un patriota ejemplar.

MURIO el 23 de noviembre de 1924.

Licenciado MAURO FERNANDEZ ACUSA



(Sus datos personales ya fueron consignados)

Secretario de Estado en las Carteras de Hacienda, Comercio e Instrucción Pública durante el gobierno del licenciado Bernardo Soto, hasta el 8 de noviembre de 1889.

General SANTIAGO DE LA GUARDIA FABREGA



(Sus datos personales ya fueron consignados)

Secretario de Estado en las Carteras de Guerra y Marina en la administración del licenciado Soto.

Licenciado LEON FERNANDEZ BONILLA



(Sus datos personales ya fueron consignados)

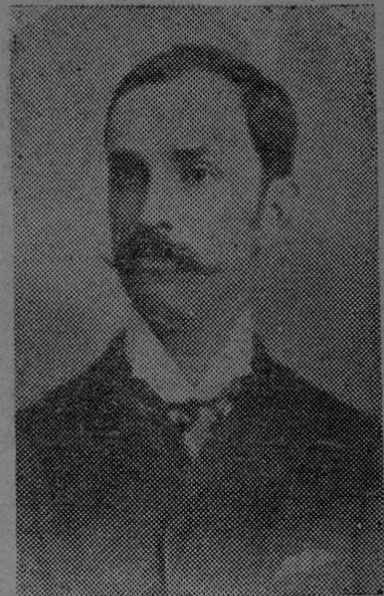
Secretario de Estado en las Carteras de Gobernación, Policía y

CURSOS ESCOLARES POR RADIO EN MARACAIBO

Las autoridades de Maracaibo estudian un proyecto de cursos escolares por radio, con el fin de que los niños puedan seguir las clases en sus propios hogares. Un grupo de profesores y maestros asistirá a un cursillo especial de entrenamiento para dirigir dicha obra. Más tarde el experimento se hará extensivo a la población adulta que no pueda asistir a clases nocturnas. Esta es la primera vez que se intenta ofrecer un servicio de esta clase en Venezuela.

Fomento, del 20 de julio al 13 de agosto de 1886.

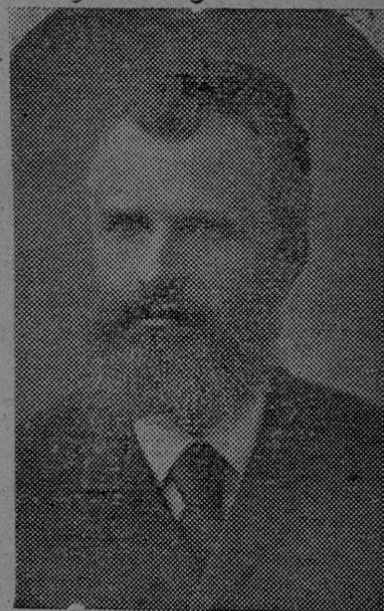
Licenciado RICARDO JIMENEZ OREAMUNO



(Sus datos personales serán consignados más adelante)

Secretario de Estado en varias Carteras en el gobierno del licenciado don Bernardo Soto.

Licenciado JOSE JOAQUIN RODRIGUEZ ZELEDON



(Sus datos personales serán consignados más adelante)

Secretario de Estado en las Carteras de Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto, del 5 de noviembre al 4 de diciembre de 1886.

CREACION DE UNA BIBLIOTECA TECNICA EN MEXICO

La Escuela Superior de Ingeniería, Química e Industrias Extractivas de México está creando en la actualidad una biblioteca con fines de consulta. Con ese fin ha dirigido una solicitud a las embajadas e instituciones de los países extranjeros en el sentido de que faciliten los libros técnicos que les sea posible donar, habiendo sido los Estados Unidos y Francia los primeros países en responder al llamamiento.

Don MANTUEL ARAGON ACOSTA



Secretario de Estado en las Carteras de Hacienda y Comercio, del 5 de noviembre al 4 de diciembre de 1886.

PADRES: Jesús Aragón y Regina Quesada.
NACIO en Cartago el 17 de agosto de 1844.

CASO el 6 de enero de 1872 con Juanita Ramirez Carazo.

Diputado y Presidente del Congreso Constitucional. Representante diplomático en Centro América, Estados Unidos y Europa. Miembro de la Delegación especial que fué a la Argentina en 1916 al Congreso Internacional Financiero. Director de la Oficina de Estadística. Administrador del Ferrocarril al Pacifico. Intendente General del Ejército. Jefe de la Contabilidad Nacional. Profesor de Contabilidad y Comercio en el Liceo de Costa Rica y en el Colegio Superior de Señoritas. En el gobierno del general don Juan Bautista Quirós desempeñó una Secretaría de Estado. Fué un entendido agricultor, pero sobre todo, una autoridad en materia de finanzas.

MURIO en San José el 23 de julio de 1921.

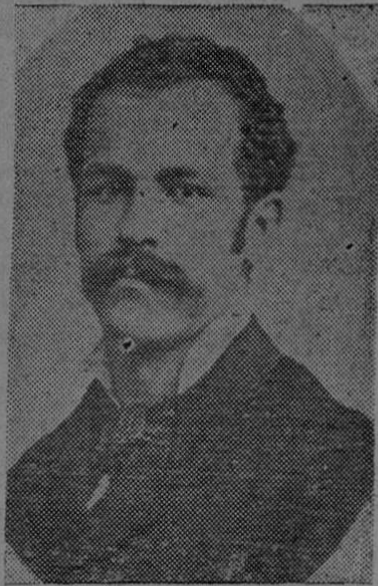
Don JOAQUIN LIZANO GUTIERREZ



(Sus datos personales ya fueron consignados).

Secretario de Estado en las Carteras de Gobernación, Policía, Fomento e Instrucción Pública, del 8 de noviembre al 4 de diciembre de 1886.

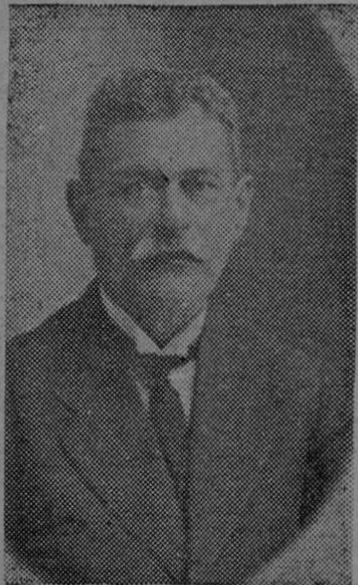
Licenciado CLETO GONZALEZ VIQUEZ



(Sus datos personales serán consignados más adelante).

Secretario de Estado en varias Carteras, en el gobierno del Licenciado don Bernardo Soto.

Licenciado PEDRO PEREZ ZELEDON



Secretario de Estado en varias Carteras, del 16 de junio al 29 de agosto de 1888.

PADRES: P. Miguel Pérez Zamera y Francisca Zeledón.
NACIO en San José el 4 de enero de 1854.

CASO en primeras nupcias el 6 de febrero de 1875 con Vicenta Calvo Mora, y en segundas nupcias el 11 de setiembre de 1915 con Emilia Calvo.

Se graduó de abogado en la antigua Universidad de Santo Tomás en 1877. Desde muy joven se distinguió por su inteligencia y por su ilustración. Fué Sub Secretario, primero, y Secretario de Estado, después en el gobierno del Licenciado don Bernardo Soto. También fué Secretario de Estado en los gobiernos de don Rafael Iglesias y don Francisco Aguilar Barquero.

Ministro de Costa Rica en los Estados Unidos de América. Agente Financiero en Inglaterra. Diputado y Vice Presidente del Congreso. Presidente de la Sala Primera de Apelaciones de la Corte Suprema de Justicia. Se distinguió notablemente como abogado de nuestro país en el asunto de límites con Nicaragua que culminó con el Laudo Cleveland en 1888. Tuvo una gran preocupación por la agricultura e impulsó el cultivo de la caña de azúcar.

tán en la parte sur de la provincia de San José; hoy, uno de esos cantones, lleva su nombre.

El Licenciado Pérez Zeledón es uno de nuestros más ilustres historiadores y sus trabajos en esta materia son de un gran valor.

MURIO en San José el 31 de mayo de 1930.

Licenciado MAXIMO FERNANDEZ ALVARADO



Secretario de Estado en las Carteras de Gobernación, Policía y Fomento, del 3 de agosto de 1888 al 30 de abril de 1889.

PADRES: José Francisco Fernández y Juana Alvarado.

NACIO en Desambarados el 18 de noviembre de 1858.

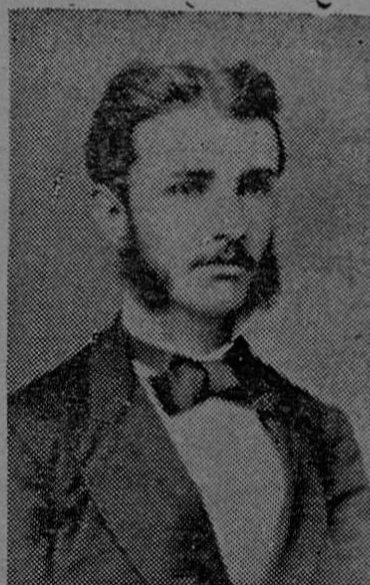
CASO en Alajuela el 12 de noviembre de 1885 con Julia Soto Rodríguez.

Se graduó de abogado en la Universidad de Santo Tomás. En la primera época de su vida cultivó el periodismo y publicó la primera antología poética nacional, en dos volúmenes, bajo el nombre de "Lira Costarricense".

Su intervención en la política del país fué sumamente activa. Diputado y Presidente del Congreso Constitucional. Candidato a la Presidencia de la República en varias oportunidades.

MURIO en San José el 10 de febrero de 1933.

Don MANUEL DE JESUS JIMENEZ OREAMUNO



Secretario de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores, Gracia, Justicia, Beneficencia y Culto, del 28 de setiembre de 1888 al 30 de abril de 1889.

PADRES: Jesús Jiménez Zame

ra y Esmeralda Oreamuno Gutiérrez.

NACIO en Cartago el 16 de junio de 1854.

CASO el 24 de julio de 1883 con Cristina Rojas Román.

Profesor de Historia, Geografía y Literatura en el Colegio de Cartago. Diputado al Congreso Constitucional en varias oportunidades. En 1893 se le postuló como candidato a la Presidencia de la República. Fué Secretario de Estado en los gobiernos de don Bernardo Soto y de don Ascensión Esquivel. Durante la primera administración de su hermano don Ricardo Jiménez fué Primer Designado a la Presidencia de la República.

Descolló como orador parlamentario, pero en lo que se superó fué en sus crónicas históricas que han sido recogidas recientemente en dos volúmenes bajo el título "Noticias de Antaño". Alguno lo ha llamado el Príncipe de los prosistas costarricenses.

MURIO en Alajuela el 25 de febrero de 1916.

Don TOBIAS ZUSIGA CASTRO



Secretario de Estado en el Despacho de Gobernación, Policía y Fomento, del 30 de abril al 12 de agosto de 1889.

PADRES: Pedro Zúñiga Meléndez y Trinidad Castro Hidalgo.

NACIO en San José el 10 de febrero de 1854.

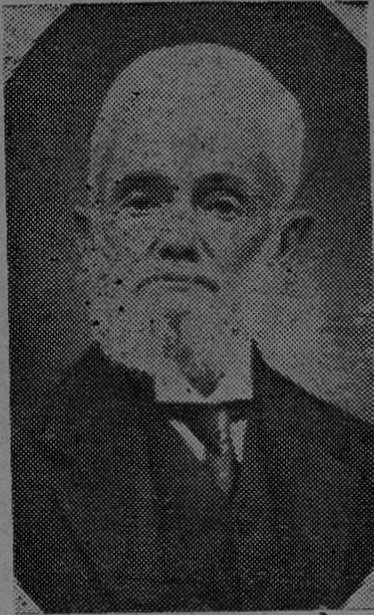
CASO el 7 de noviembre de 1875 con Rosario Montúfar Madriz.

Presidente del Municipio de San José. Miembro de la Junta de Caridad por largos años. Agente Confidencial de nuestro país ante el gobierno de Guatemala en 1889. Secretario de Estado en los gobiernos de los licenciados don Bernardo Soto y don Ascensión Esquivel.

En 1905 fué postulado como candidato a la Presidencia de la República y habiendo unido su partido para las elecciones de segundo grado a los partidos de don Bernardo Soto y don Máximo Fernández, el Presidente Esquivel los expulsó del país en marzo de 1906. Posteriormente el señor Zúñiga Castro actuó muy poco en la política.

MURIO en San José el 24 de junio de 1918.

Licenciado EZEQUEL GUTIERREZ IGLESIAS



Secretario de Estado en las Carteras de Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto, del 12 de agosto al 26 de setiembre de 1889.

PADRES: Francisco de Paula Gutiérrez y Ramoncita Iglesias Llorente.

NACIO en Cartago el 22 de agosto de 1840.

CASO el 24 de setiembre de 1887 con Josefina Braun Bonilla.

Maestro de escuela. Inspector General de Enseñanza. Representante diplomático en Chile, Perú, Estados Unidos, Honduras, Nicaragua e Inglaterra. Diputado y Presidente del Congreso Constitucional. En el gobierno del licenciado don José Joaquín Rodríguez desempeñó por segunda vez la Secretaría de Relaciones Exteriores. Fué candidato a la Presidencia de la República para la campaña electoral de 1906.

MURIO en San José el 23 de agosto de 1920.

Licenciado ANDRES VENEGAS GARCIA



Secretario de Estado en las Carteras de Gobernación, Policía y Fomento, del 12 de agosto al 26 de setiembre de 1889.

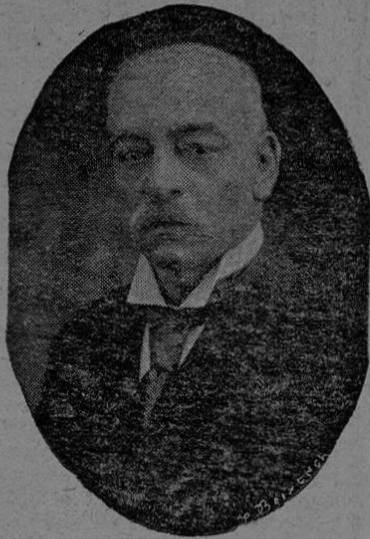
NACIO en Puntarenas el 30 de diciembre de 1848.

CASO con Clementina Figueroa Espinach.

Diputado al Congreso Constitucional. Abogado del Banco de Costa Rica durante largos años. Secretario de Estado en los gobiernos de los Licenciados Bernardo Soto, Ascensión Esquivel y Francisco Aguilar Barquero. Fué uno de nuestros hombres públicos de mayor relieve.

MURIO en San José el 9 de noviembre de 1939.

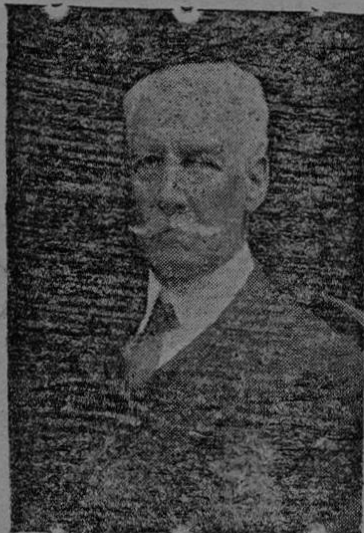
Licenciado FRANCISCO AGUILAR BARQUERO



(Sus datos personales serán consignados más adelante).

Secretario de Estado en las Carteras de Guerra y Marina, del 12 de agosto al 16 de setiembre de 1889.

Licenciado ALEJANDRO ALVARADO GARCIA



Secretario de Estado en el Despacho de Gobernación, Policía y Fomento, desde el 14 de noviembre de 1889.

PADRES: Pedro Pablo Alvarado Solano y Ana María García Matus.

NACIO en León, Nicaragua, el 9 de enero de 1839.

CASO con Carolina Quirós Morales el 19 de noviembre de 1871.

Se graduó de abogado en Guatemala en junio de 1867. Juez en Alajuela y en Puntarenas. Ministro Plenipotenciario en El Salvador. Rector de la Universidad de Santo Tomás. Presidente del Colegio de Abogados en 1887 y en 1903. Profesor de Derecho durante largos años, primero en la Universidad, y luego en la Escuela de Derecho. En 1870 fué nombrado Magistrado de la Corte Suprema de Justicia, cargo que desempeñó durante mucho tiempo; por diez años consecutivos fué Presidente de ese alto Tribunal. En marzo de 1917 se le distinguió con el título de Presidente Honorario del Colegio de Abogados.

MURIO el 11 de setiembre de 1922 en San José.

Licenciado ANGEL ANSELMO CASTRO MENDEZ



(Sus datos personales ya fueron consignados).

Sub Secretario de Estado en las varias Carteras en el gobierno del Licenciado Soto, hasta el 10 de diciembre de 1886.

Licenciado JOSE ASTUA AGUILAR



(Sus datos personales serán consignados más adelante).

Sub Secretario de Estado en varias Carteras, en el gobierno del Licenciado don Bernardo Soto.

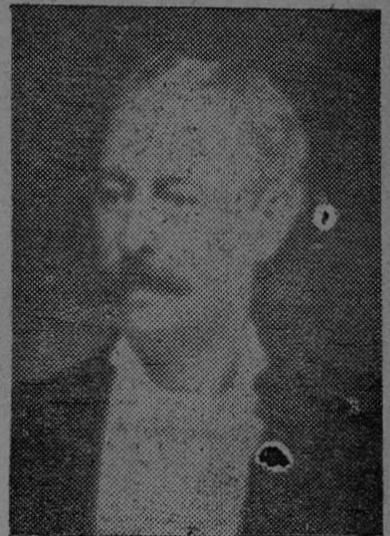
Don Pío JOSE VIQUEZ CHINCHILLA



(Sus datos personales ya fueron consignados).

Sub Secretario de Estado en el gobierno del Licenciado don Bernardo Soto.

Doctor RAFAEL MACHADO JAUREGUI



(Sus datos personales ya fueron consignados).

Sub Secretario de Estado en el gobierno del Licenciado don Bernardo Soto.

Coronel RONULFO SOTO ALFARO



Sub Secretario de Estado en las Carteras de Guerra y Marina en el gobierno del Licenciado don Bernardo Soto.

PADRES Apolinar de Jesús Soto Quesada y Joaquina Alfaro Muñoz.

NACIO en Alajuela el 18 de mayo de 1863.

El 16 de junio de 1887 fué promovido al grado de Coronel efectivo de nuestras milicias. Como Sub Secretario de Estado se hizo cargo del Despacho en varias ocasiones. En junio de 1891 fué expulsado del país junto con su padre y otros ciudadanos, por cuestiones políticas, por el Presidente Licenciado don José Joaquín Rodríguez.

MURIO el 8 de marzo de 1914.

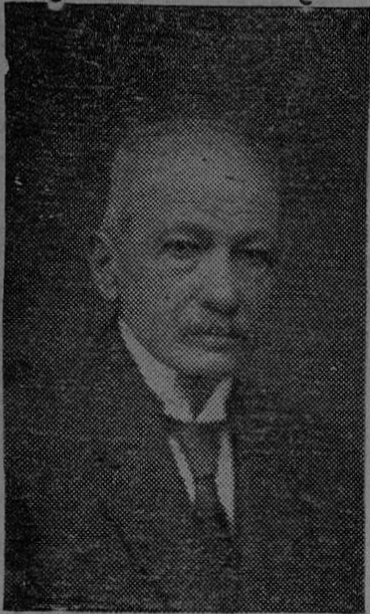
Don FEDERICO VOLIO TINOCO

Sub Secretario de Estado en las Carteras de Hacienda, Comercio e Instrucción Pública, del 8 de julio de 1887 al 29 de junio de 1888.

Nos falta la fotografía, y te-

nemos muy pocos datos de este compatriota nuestro que entendemos murió muy joven. Fué hijo de don Julián Volio y fué Encargado de Negocios de Costa Rica en los Estados Unidos.

Licenciado **BENITO SERRANO JIMENEZ**



Sub Secretario de Estado en las Carteras de Hacienda, Comercio e Instrucción Pública, del 29 de junio al 11 de julio de 1888.

PADRES: Anastasio Serrano Valdivieso (panameño) y Juanita Jiménez Arauz.

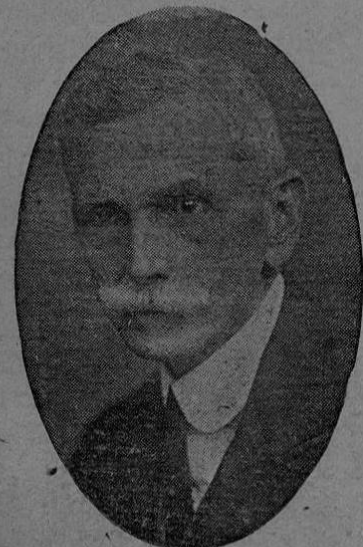
NACIO en San José el 19 de marzo de 1850.

CASO el 8 de marzo de 1886 con Celina Thompson Mac Gillen.

Se graduó de abogado en la Universidad de Santo Tomás en agosto de 1876. Siendo estudiante de Derecho fué nombrado Alcalde de San José, iniciando así una larga y meritisima carrera en el ramo judicial, ya que por largos años fué Magistrado de la Corte Suprema de Justicia hasta llegar a ser Presidente de ese Poder. Incidentalmente desempeñó otros cargos tales como Sub Jefe de la oficina de Correos, Registrador General del Registro de la Propiedad, Sub Secretario de Estado, Sub Promotor Fiscal de la República y Juez de lo Criminal Administrativo.

MURIO el 23 de diciembre de 1945.

Licenciado **OCTAVIO BEECHE ARGUELLO**



(Sus datos personales serán consignados más adelante).

Sub Secretario de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores y Carteras Anexas, del 6 de agosto de 1888 al 18 de marzo de 1889.

Licenciado **GERARDO CASTRO MENDEZ**



Sub Secretario de Estado en varias Carteras en el gobierno del Licenciado don Bernardo Soto.

PADRES: Anselmo Castro Blanco y Jacinta Méndez Ramírez.

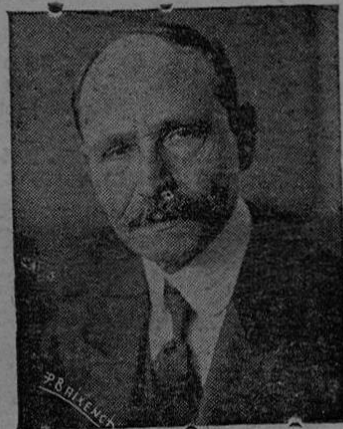
NACIO en San José el 20 de noviembre de 1847.

CASO el 8 de noviembre de 1875 con Amalia Saborio Iglesias.

Oficial Mayor de la Secretaría de Relaciones Exteriores y de la Secretaría de Gobernación. Registrador General de la Oficina del Registro de la Propiedad. Juez Primero Civil de San José. Diputado al Congreso Constitucional. Magistrado de la Corte Suprema de Justicia. Benemérito del Hospital San Juan de Dios y de la Junta de Caridad y de la Cruz Roja Costarricense.

MURIO el 22 de setiembre de 1931.

Licenciado **ALBERTO BRENES CORDOBA**



Sub Secretario de Estado en las Carteras de Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto, del 2 de mayo al 13 de agosto de 1889.

PADRES: general Federico Fernández Oreamuno y María de Jesús Brenes Córdoba.

NACIO en San José el 13 de febrero de 1858.

CASO con María Quesada.

Profesor en el Instituto Uni-

Cultura en el Mundo

UN JARDIN SHAKESPEAREANO EN EL BOIS DE BOULOGNE

En el Bois de Boulogne se está concluyendo de arreglar y decorar un "Jardín de Shakespeare", como parte de un intercambio entre París y la "City" de Londres, que a su vez ha dado el nombre de Mariscal Foch a un jardín francés situado dentro de sus confines. El jardín de Shakespeare servirá propósitos de orden estético al par que práctico, ya que se destinará también a teatro al aire libre, donde a partir de este mes, un grupo de estudiantes de Oxford presentará una serie de obras del bardo de Stratford-on-Avon.

UNA EXPOSICION DE ARTE BUDISTA EN ROTTERDAM

En el museo Voor Land-en Volkenkunde (Museo para el conocimiento de Tierras y Pueblos Extraños) de Rotterdam, fué presentada una exposición de muestras originales de arte budista japonés, reunidas gracias a la ayuda de diversos coleccionistas e instituciones de Holanda. Una de las cosas que

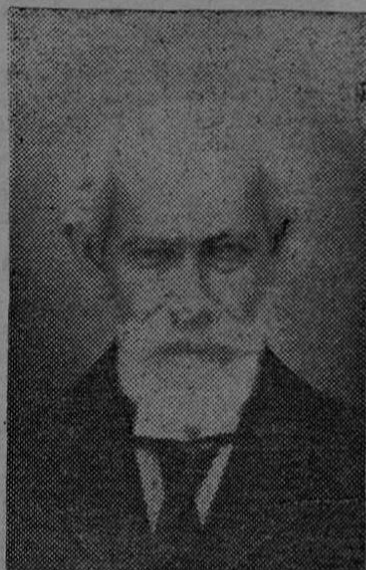
versitario, en el Colegio Superior de Señoritas y en la Escuela de Derecho. Magistrado de la Corte Suprema de Justicia y Presidente de la Sala de Apelaciones. Director General de Bibliotecas Públicas. Publicó importantes obras de Derecho que son textos en nuestra Universidad. Su cultura filológica y jurídica era sumamente amplia.

MURIO en San José el 16 de junio de 1942.

Don ELOY TRUQUE GARCIA

Sub Secretario de Estado en varias Carteras en el gobierno del Licenciado don Bernardo Soto, nombrado el 13 de agosto de 1889.

Don FAUSTINO VIQUEZ ZAMORA



(Sus datos personales ya fueron consignados).

Sub Secretario de Estado en las Carteras de Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto, desde el 15 de noviembre de 1889.

más ha llamado la atención en los certámenes es el grupo de fotografías de los tesoros artísticos contenidos en el templo de Koryuji, en Kioto, presentadas por A. J. van der Vliet, director de educación de la ciudad de Rotterdam.

CONSULTAS MEDICAS POR RADIO

Cuando necesitan la opinión de un especialista por cualquier caso de enfermedad que se produzca a bordo, los barcos de la marina mercante no ruego pueden dirigirse por radio a la estación de Bergen, que pasa inmediatamente la llamada a un hospital cercano donde hay médicos que montan guardia noche y día. El año pasado se recibieron 10 llamadas de este tipo dentro de un servicio que es completamente gratuito.

EN ESTADOS UNIDOS SE SACA PAPEL DE DIARIO DE LA HIERBA

Para una edición reciente de un periódico publicado en la localidad estadounidense de Florida se ha hecho uso, en forma experimental, de un papel de diario fabricado enteramente con la llamada "hierba de sierra", tipo de hierba de junco que se cultiva en el país y cuyas hojas tienen dientes como los de una sierra. A la firma que estudia éste y otros usos de dicha hierba se le ha concedido el derecho de cortar y recoger la cosecha de toda la que se plante en tierras del estado, y actualmente hay ya varios expertos de otros países que colaboran en las investigaciones emprendidas sobre la fibra obtenida con la "hierba de sierra".

CONVENCION SOBRE IGUALDAD DE DERECHOS DE LA MUJER

Representantes de 17 países suscriben la convención que garantiza a las mujeres derechos políticos iguales a los acordados a los hombres.

Las 17 naciones signatarias son: Argentina, Guatemala, Bielorrusia, Chile, Cuba, Checoslovaquia, la República Dominicana, el Ecuador, Indonesia, México, Polonia, Ucrania, la Unión Soviética, Yugoslavia, Francia, Etiopía y Costa Rica.

Los tres artículos más significativos de la convención establecen que:

1) — Las mujeres tendrán derecho al voto en todas las elecciones, en igualdad de condiciones con los hombres y sin discriminación alguna;

2) — Las mujeres serán elegibles para desempeñar cargos en cualquier organismo públicamente electo, y creado por las leyes del país, en igualdad de condiciones con los hombres y sin discriminación alguna;

3) — Las mujeres tendrán derecho a ejercer cargos públicos y a desempeñar toda clase de funciones públicas establecidas por las leyes del país, en igualdad de condiciones con los hombres y sin discriminación alguna.

LA MUERTE DE RAVANA

(De entre los admirables episodios que comprende el gran poema sánscrito "El Ramayana", tal como se nos ofrece hoy día después de la recopilación que para formar lo hiciera Valmiki en el siglo XV antes de nuestra era de los cantos populares, episodios aislados, narraciones y ceremonias que relataban de modo especial la lucha del príncipe Rama y sus aliados contra el demonio Ravana y sus genios maléficos las "raksasas", y que termina con la aniquilación de los demonios, hemos escogido el pasaje que cuenta la muerte de Ravana para ofrecerlo en esta sección como un ejemplo por excelencia de la antigua poesía india. Este episodio, de fuerza y belleza incomparables, precede al de la purificación de Sita con el que termina prácticamente el poema y que constituye, como tantos otros del gran libro oriental, una de las muestras más acabadas, armónicas, vigorosas y profundas de la poesía universal).

"Irritado hasta la demencia, cegado por la influencia de la muerte, Ravana (1) dijo a su cochero: "Si no has olvidado aún el respeto que se debe a mi calidad, si no eres un rebelde, conduce mi carro al sitio del combate, antes de que mi enemigo se haya retirado". Estimulado por aquellas palabras, el cochero hostigó a sus corceles, y, en un instante, el gran vehículo del rey de los noctívagos encontróse delante del carro del ragüida (2).

El combate entre ambos guerreros animados por el mutuo deseo de arrancarse la vida, ebrios como dos elefantes rivales de cólera y amor, fué grande. Bien pronto los risis (3) de más alto rango, los sidas (4), los gandarvas (5) y los dioses, interesados en la muerte de Ravana, se reunieron para contemplar aquel duelo.

El combate fué rápido, vario y sabio. Enardecidos por el deseo de triunfar, se produjeron mutuas heridas. Desplegando toda la velocidad de su mano y contestando al dardo con el dardo, llenaron el cielo de fechas, parecidas a serpientes. "¡Es preciso vencer!", se decía el kakútstida (6). "¡Es preciso morir!", se decía Ravana. Y los dos mostraron en esta batalla la más fina esencia del valor.

De pie sobre los carros llegaron a abordarse: la lanza del carro de uno afrontaba la del otro, los estandartes a los estandartes y la cabeza de unos corceles la de los contrarios. Luego, Rama abatió con una flecha parecida a una serpiente una de las cabezas de Ravana; pero, de pronto, apareció sobre los hombros de éste otra cabeza, que abatió Rama igualmente con mano rápida. Mas otra cabeza apareció sobre los hombros del demonio. Como las otras, Rama la cortó con sus dardos, semejantes al rayo; pero aparecían tantas como cortaba. Al fin, segó cien cabezas esplendorosas; mas el monarca raksasa no perdía la vida en eso, mientras que fatigaba a Rama con su chaparrón de fechas de hierro.

La escena de aquel grande, tumultuoso, espantoso combate, fué tan pronto el cielo como la tierra o la meseta de la montaña. El porfiado duelo duró siete días enteros y tuvo por testigos a los raksasas, a los uragos (7), a los pisachas (8), a los yaksas (9) a los danavas (10) y a los dioses. El descanso no suspendió el combate ni un día, ni una noche, ni una hora, ni un solo minuto.

Al fin, Matali (11) recordó al ragüida lo que éste parecía haber olvidado: "Dispárale, señor —dijo— el dardo de Brama (12), y será el propio Brama el autor de su muerte. No es preciso, ragüida, que le cortes los miembros superiores, pues la muerte no puede dársele por la cabeza, sino por los otros miembros".

Rama, al cual las palabras de Matali volvieron a la realidad de las cosas, tomó entonces un dardo inflamado, doloroso, como una serpiente y fabricado en otro tiempo por Brama, de esplendor infinito, para Indra (13), el cual dióselo al rey de los dioses, que aspiraban a obtener la victoria en los tres mundos. Esta fecha tenía una gran parte de viento, y en su punta el fuego y el sol; en su peso, el Maru y el Mandara (14), no obstante componerse de aire. Brama hizo sentarse en sus nudos las divinidades portadoras del terror: Kuvera (15), Varuna (16), el dios del rayo, y la Muerte con una cuerda en la mano. Tenía la forma de la muerte, y llevaba el terror consigo. Rama curvó fuertemente su arco, y, enardecido y rabioso, lanzó contra Ravana la flecha, que destruyó sus articulaciones, y atravesó el corazón del Demonio, de alma cruel. Una vez cumplida su obra, recogió su carcaj. El monarca Raksasa cayó de repente a tierra, abandonó su

arco y su dardo y exhaló el último suspiro. Su impetu se extinguió, su esplendor desapareció y sucumbió en su carro, como Vrita (17) bajo el furor del rayo. Los noctívagos, escaso resto de los Raksasas muertos, huyeron temblorosos de espanto, al ver sucumbir a su soberano. Los victoriosos monos (18) lanzaron gritos de júbilo, proclamando la victoria de Rama y la muerte de Ravana. Honrado, agasajado por todos, el monarca de la tierra refulgia esplendoroso, como el afortunado Indra, y recibía el homenaje de los grandes Dioses".

NOTAS:

- (1) Ravana: Rey de los raksasas, monstruo de diez cabezas y veinte brazos y personificación del demonio.
- (2) Ragüida: se refiere a Rama, que era de la estirpe de Ragü, hijo de Kakutsta y fundador de la dinastía ragüida. Rama hijo del rey de Ayodya nombrado Dasarata, fué uno de los avatares o encarnaciones de Visnú —el segundo término de la trinidad india—, quien tomó la forma humana de Rama para aniquilar a Ravana y a sus raksasas. Tal es el centro de la leyenda que Valmiki forma admirablemente en su poema.
- (3) Risis: seres sobrenaturales de santidad perfecta, intermedios entre los dioses y los hombres.
- (4) Sidhas: santos de la clase de los ascetas.
- (5) Gandarvas; divinidades que formaban uno de los coros celestes. Eran seres bellísimos, lascivos y hábiles en el arte musical.
- (6) Kakútstida: se refiere a Rama, de la estirpe de Kakutsta, modelo de los devotos.
- (7) Uragos: serpientes infernales.
- (8) Pisachas: genios malignos que se alimentaban con carne humana.
- (9) Yaksas: una categoría de genios enemigos de los raksasas. Era su rey Kuvera, el dios de las riquezas.
- (10) Danavas; genios maléficos, enemigos de los dioses.
- (11) Matali: cochero celeste de Indra, a quien despertaba con sus cantos.
- (12) Brama: o Brahma, personificación de un dios supremo, divinidad creadora que infunde vida y forma parte con Siva y Visnú de la trimurti o trinidad india.
- (13) Indra: divinidad sublime, personificación de la fuerza, del vigor y la energía creadora, que disponía del trueno y del rayo y de una cohorte de genios y divinidades que le ayudaba a combatir en los aires contra sus enemigos.
- (14) El Maru y el Mandara: montes fabulosos.
- (15) Kuvera: dios de las riquezas. Por su piedad le concedió Brama la isla de Lanka cuyos campos estaban espolvoreados de oro. Su hermano Ravana se apoderó de la isla y Kuvera tuvo que retirarse al monte Kelasa. Lanka es probablemente la moderna Ceilán, teatro principal de la gran épica de Valmiki.
- (16) Varuna: dios de las nubes, los ríos y los mares.
- (17) Vrita: dragón fabuloso que guardaba las aguas de las entrañas de los montes. Indra, su enemigo mortal, lo mató después de una lucha terrible.
- (18) Los monos: se refiere a los grandes monos fabulosos, aliados de Rama en su lucha contra los raksasas, y súbditos de Hanumat, príncipe mono divinizado, hijo de Maruta (el Viento) y sobre el cual solía cabalgar Visnú.

VALMIKI
(siglo XV a. d. C.)

(Traducción de la obra de Fauche por Juan Guixé. Las notas se inspiraron en el índice preparado para la edición castellana por J. Delgado Campos).

IDEAL Y PROGRESO

"La fuerza del ideal es incalculable. Mirando una gota de agua; no vemos en ella traza de fuerza; pero, si penetra en una grieta de una roca y allí se congela, hace saltar la roca. Si el fuego la vaporiza, pondrá en movimiento la má-

quina más potente. Se ha operado en ella un cambio que ha activado su fuerza interna. Lo mismo sucede con el ideal. Los ideales son pensamientos. Mientras continúan en estado de pensamientos, su fuerza interna es inoperante, incluso cuando van acompañados del más vivo entusiasmo y la más profunda convicción. Su fuerza sólo es operante en el momento en que los ideales se incorporan a un ser humano con sentimientos depurados".

"Todos los progresos científicos y técnicos producirán finalmente un efecto funesto, si por medio de progresos correspondientes de nuestra espiritualidad no conservamos el timón para conducirlos. El poder que hemos adquirido sobre las fuerzas de la naturaleza nos ha entregado un inquietante poder sobre los hombres. Gracias a cualquier nueva invención, un solo hombre, con un solo movimiento será capaz de matar a los hombres no ya por ciento

nas sino por centenares de miles. No hay batalla que pueda evitar destrucciones mutuas de orden físico y económico y, generalmente, el único resultado es que el opresor y el oprimido intercambian su función. El solo procedimiento para romper ese ciclo es renunciar unos y otros al poder de perjudicarnos recíprocamente que hemos adquirido. Este sí es un acto de orden espiritual".

ALBERT SCHWEITZER

CARTAS FEMENINAS

VEINTINUEVE. — DOLIENTE ORACION VESPERTINA.

Obra analizada: JARDINES LIRICOS,
poesías de Enrique Hine Saborío. — 1930.

Amable señor Director:

Pensemos, hoy, primero de enero de mil novecientos cincuenta y cuatro, en uno de nuestros mejores poetas, más que olvidado por los costarricenses que somos tan ingratos con quienes entre nosotros, se han dedicado a las labores literarias. Quiero dedicar unos pensamientos de admiración y de gratitud a aquel simpático bohemio que se llamó Enrique Hine Saborío.

Desde el verso severo de dieciséis sílabas hasta las más sencillas composiciones de arte menor, Enrique Hine Saborío supo darle realce en Costa Rica a todas las formas líricas. En su único libro JARDINES LIRICOS, aparecen los romances de extracción popular; los sonetos de estirpe renacentista; las silvas de inspiración amplia y flexible; los apólogos profundamente filosóficos; los madrigales de espontánea delicadeza y los sutiles epigramas, agudos, satíricos.

Es, la suya, "alma de ruiseñor, triste y doliente; sólo amor y bondad lleva consigo; sabe de los míseros que lloran". Nos conduce gentil, de la mano, al país de la quimera en la que fingió vivir siempre, porque, para él, todo es, en el mundo, un cambio de matices.

De cuando en cuando, la Musa pálida del Misterio se complace en dictarle estrofas de sutiles angustias que contagian y hacen sufrir.

Otras veces, la Musa de vuelo liviano le insinúa ir por la vida sembrando anhelos y esperanzas por doquier. No buscó nunca la gloria. Las quimeras no supieron engañarlo. La falsedad, la miseria, el lodo de la existencia le sirvieron para inspirarle los epigramas mejores que posee nuestra literatura.

En ese aspecto, es, la suya, una constante burla sutilmente maligna, de sencillez concisa. Hay, en su ingenio hiriente, una agudeza satírica, ingenua, rápida. En su risa no se descubre insidia alguna, ni reticencias cobardes. Es valiente en sus líricas como lo es en sus dibujos caricaturescos. Sabe ser mordaz, cuando el caso así lo exige; evoca la malicia, si cree necesario hacerlo así. Algunas de sus líricas dejan, al leerlas, un sabor amargo de inconformidad con la vida a pesar de que su historia es tan sencilla que cabe dentro de su corazón, noble como pocos.

Un vuelo majestuoso realiza el poeta cuando, seducido por lecturas extranjeras, se complace en traducir, a nuestra lengua prodigiosa, los encantos ocultos de líricas ajenas.

La traducción suya de la inefable Elegía escrita en un cementerio de aldea, sin duda alguna puede colocarse a la par de las angustiosas rimas que Thomas Gray escribió.

¿Quién no ha recitado, con serena unción religiosa aquellos versos: "sollozo la campana su doliente oración vespertina"? ¿Quién no ha escuchado con ternura la nota soñolienta de la esquila al recordar los túmulos del camposanto? Cómo no repetir aquella estrofa: "ya nunca volverán la matutina brisa con sus fragancias, ni el saludo que entona la tierna golondrina...?"

Esa traducción merece los honores de una Antología. Debiera ser leída, con respeto y con cariño, en las aulas de nuestros colegios en donde los nombres de los admirables escritores nacionales a penas si son pronunciados como con temor, como con vergüenza. Lo mismo podría decirse del traslado a nuestra lengua, hecho por Enrique Hine Saborío, de la lírica de William Cullen Bryant dedicada a una ave marina y de la que este mismo bardo tituló *Thanatopsis*.

En resumen: un gran poeta; un admirable caricaturista; un magnífico traductor.

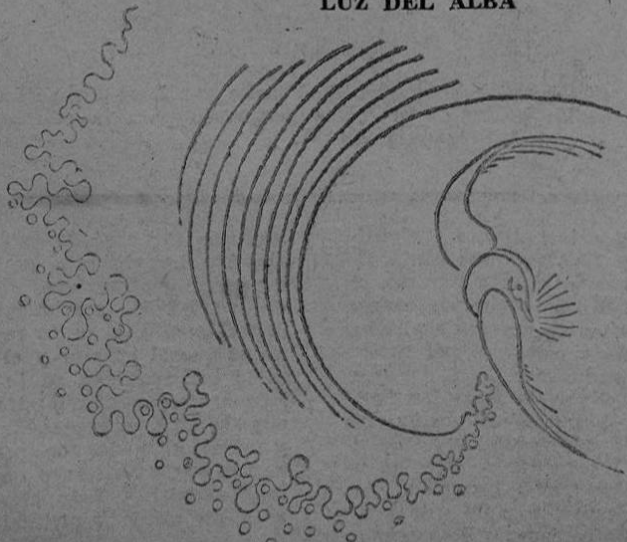
En resumen, uno de los más olvidados, injustamente olvidados, de entre nuestros artistas magníficos.

¿Por qué, estimado señor Director, por qué no dispone usted, en las páginas del interesante suplemento ADEMÁS... la reproducción de esa joya lírica en la que nuestro Enrique Hine Saborío tradujo la preciosa Elegía escrita en un cementerio de aldea?

Las letras patrias le quedarían eternamente agradecidas.

Con toda simpatía lo saluda quien tanto lo estima,

LUZ DEL ALBA



ASI VISTEN ELLAS

MARIA

LUISA

PENDON

Definición del lirio, espuma de la gracia... Brota en la tarde la rosa del ensueño y aroma el crepúsculo en flor... Más ella ordena, con su encanto estilizado, la sencillez del misterio renacido...

(Foto Arévalo)



METAMORFOSIS

Entra a la sombra de los cementerios. y en eterna quietud estar viviendo

Oirás el arpa inmensa de la Vida creando para sí su propia música.

Entra a la sombra quieta de los cementerios y aspira el frío del tiempo. Mira las tumbas altas, y las otras, las que oculta el cabello de la hierba.

¿No sientes cómo corren verdes aguas empujando tu cuerpo? Es el llamado de las almas.

¿No escuchas un rumor bajo la Tierra? Es el trabajo lento de los gérmenes. La dulce transformación en árbol. Nueva vida; estatura de aires y de pájaros.

Maravillosa muerte, purificante llama que congregas los reinos naturales, ¿cuándo tu sobre la vida muerta, con espigas y auroras, soledades y pájaros?

¿Qué sideral el árbol de mi cuerpo! ¿Qué fuerte savia será mi sangre joven!!

Entra a la sombra de los cementerios. Oirás el arpa inmensa de la Vida creando para sí su propia música.

Sólo la forma muere. Pobres las pupilas que no saben que el Tiempo puede detenerse en una imagen

Este frío sin luz, esta agonía de la piedra en la lápida —ay, piedra muerta— en mi carne es el frío de una herida hecha con puñal de hielo.

No! Este frío tan lento, tan ir mano, no es la voz sin ruido de la muerte. Este frío es el frío del hombre; su estatura niña, hermana de la tierra.

Este frío es la oscura frialdad de sus entrañas.

—Ay, de sus entrañas muertas!

Quiero la llama abierta de la luz descendida!

Quiero el ojo divino del agua para el hombre!

Quiero la clara carne de la fruta es dura!

¿Cuándo mi carne joven en estatura de árbol?

¿Cuándo en la cruz de mis brazos aires, manzanas y trinos?

Entra a la aurora en sombra de los cementerios.

Mira las tumbas altas, y las otras, las que oculta el cabello de la hierba.

CARLOS RAFAEL DUVERRAN

Del Libro "Paraíso en la Tierra" próximo a editarse por Librería Universitaria, Editorial.

